

REPERTORIO AMERICANO

DECENARIO DE LOS INTERESES CONTINENTALES

Editor: J. GARCÍA MONGE.

VOL. II

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, JUEVES 30 DE JUNIO DE 1921

Nº 24

Unas vacaciones en Costa Rica

POR NINA WEISINGER

EN marzo pasado, tenía muchas esperanzas de ir a Madrid a repetir el curso de verano para extranjeros y ver en España algunas cosas que omití en el estío de 1914; fortifiqué mis esperanzas asegurándome un pasaporte con tiempo. Impresionada con algunas noticias anteriores publicadas en HISPANIA acerca de un posible curso de verano en Puerto Rico y COSTA RICA, pedí que estos países, y también Cuba, se me incluyeran en el pasaporte. Corrieron los días y mi viaje a España falló. Entonces vinieron noticias nuevas de que no habría labor veraniega en Puerto Rico y COSTA RICA. Pero cierto día de mayo supe que tres jóvenes maestras de la Universidad de Columbus, en Ohio, iban a pasar sus vacaciones a COSTA RICA, descuidadas de los cursos de verano para extranjeros, y me apresuré a invitarlas para acompañarlas. Ellas se embarcaron en Nueva York, en el *Toloa*, de la United Fruit Co., y yo, en tanto, me les junté en la Zona del Canal, a bordo del *Heredia* de Nueva Orleans a Cristóbal.

El mío fué un delicioso viaje de cinco días por el Golfo y el Caribe. Anclado el barco en Colón, había mucho tiempo para ver las obras del Gran Canal y aun de hacer por él alguna excursión si se quería. Una noche más, y el barco nos trajo a Limón, en donde la mar gruesa nos impidió atracar durante algunas horas. Cuando desembarcamos un tren expreso estaba listo para los pasajeros que iban a San José. Pero pasamos la noche en Limón, deseosas como estábamos de ver con la luz diurna cuanto se pudiera de aquella maravillosa travesía por el escenario encantador que va del ceñidor tropical de la costa hasta las regiones perpetuamente primaverales de las tierras altas. Fuí a la retreta que daba la banda municipal en el bonito parque público. Al día siguiente por la mañana, cogimos el tren ordinario en viaje de siete horas a la diminuta capital de la Re-

pública y metrópoli, San José, situada en una meseta como a 4,000 pies sobre el nivel del mar.

El paso siguiente fué conseguir alojamiento en una casa de familia y no de huéspedes; de otro modo no se impregna uno de la atmósfera española y del pensamiento popular. No nos fué difícil alojarnos en familia, como tampoco lo fué para dos maestras más que después llegaron de Nueva York. Las seis nos colocamos en cinco diversas familias de buena posición; algunas de ellas jamás habían tenido antes huéspedes. El camino es llevar una carta de presentación para alguno de los nativos o conocer a alguno que tenga relaciones con familias nativas. Es una experiencia placentera vivir en una familia costarricense. La gente es lo más amable y considerada; la alimentación es buena y abundante, aunque se requiere insinuarse con tacto para obtener variedad y bastantes verduras. En cuestiones de alimentación los nativos creen que son «alimentos» los huevos, la carne, el arroz, los frijoles, las papas y los plátanos, al paso que las frutas y los vegetales son simples *refrescos*. Días más tarde, logré obtener más *refrescos* y menos de los alimentos habituales. Hallé que nada le place más a las patronas costarricenses como que se coma sin restricciones, así como se afligen si uno come poco; de tal modo que comí poco de lo que quería

o me había aburrido y mucho de lo que me placía. En consecuencia, los últimos días de mi estada en la familia, disfruté de una mesa con muchas de las frutas y verduras que siempre abundan en los mercados de la ciudad.

En familia privada las oportunidades de conversar son interminables. Mi familia componíase de la madre, cuatro hijas mayores, dos excelentes sirvientas, y todos los días llegaban visitas numerosas de sus relaciones y amigos. ¿Necesito decir que la conversación es lo usual en los siete días de la semana? ¡Y con qué rapidez! Me atrevo a decir que no hay bajo el sol mujer que mueva la lengua más ligero que la costarricense. Cuando todas a un tiempo hablaban, la práctica era más cabal para mis oídos.

Las escuelas de San José están abiertas todo el tiempo que para nosotros es el estío (y en vacaciones, cuando nos hallamos en el invierno, que corresponde con el *verano* en Costa Rica) y los visitantes son recibidos cordialmente. Nunca he conocido un pueblo que goce más con que le visiten las escuelas. Hay numerosas escuelas públicas, un *Colegio de Señoritas*, y el *Liceo* para los muchachos mayorcitos. En Heredia, siete millas de San José, se halla la hermosa Escuela Normal. A estas escuelas puede asistir el extranjero tanto como guste; maestros y alumnos frecuentemente me preguntaban, en la calle y en otras partes, cuándo volvía.

El aficionado a leer tiene la Biblioteca Nacional, abierta a ciertas horas del día y de la noche, bien surtida de libros en diversas lenguas. Muchas horas pasé allí, y prueba de ello son mis cuadernos de apuntes. En los libros castellanos hay una buena variedad de escritores clásicos y modernos de España e Hispano-América. Nunca había visto ediciones tan bonitas del Quijote, en formato mayor y con ilustraciones de una página; hay un volumen de las *Doloras* de Campoamor que es un placer examinarlo. Naturalmente no puede compararse esa biblioteca con la famosa de Madrid, pero con ella se honraría una nación más grande que Costa Rica.

₡ 500

mensuales regala entre sus clientes la

FERRETERIA

Miguel Macaya y Cía.

en premios de ₡ 50 c/u.

Si el número del tiquete de su compra corresponde a las tres últimas cifras del premio mayor de la lotería, pase por sus cincuenta colones.

Hay luego un Teatro Nacional que diz lo superan solamente los de París, Milán y Buenos Aires. Mientras estuve allá la Compañía Serrador-Marí de la Habana daba funciones, de preferencia comedias nuevas de Benavente y los Quintero. Valía la pena verlas. Siempre me pareció muy singular ver en el teatro, ocupada la platea por hombres tan sólo, que en los entreactos se levantan por unánime consentimiento y salen en fila a tomar refrescos. También los de los palcos nos salimos. Lo que ví era digno de verse: en el bonito corredor—no puedo recordar su nombre—los hombres en pie y recostados a los muros, observaban a las niñas lindamente trajeadas que se paseaban de un extremo al otro.

¿Cines? Para todos los gustos. En su mayoría, provienen las películas de los Estados Unidos, arregladas en inglés y español a un tiempo, y los diversos teatros siempre están llenos. El auditorio con toda libertad aprueba o desaprueba las escenas que pasan. Recuerdo que en *The Heart of Humanity* el villano fué muy escarnecido. La orquesta también toca a instancias del auditorio.

En el Museo Nacional halla el turista numerosas e interesantes colecciones. Gocé mucho con la gran variedad de pájaros disecados y con las antigüedades, alfarería de varias clases principalmente, excavadas de las antiguas tumbas indígenas. De los pájaros había un bonito ejemplar de quetzal, oriundo del país, creo. Se me dijo como construye el nido y en él se aloja, entrando siempre por un lado y saliendo por el otro, de modo que no se ajen las bonitas plumas de la cola. En el observatorio de este Museo vi como registra el seismógrafo los temblores.

En mi país a veces hallé difícil ir los domingos por la mañana a coger la lección bíblica de las diez. Pero en San José a menudo me dieron las ocho en la *misa de tropa*, en la Catedral, a donde llegaba a tiempo de situarme en un asiento extremo de la nave central en la que se colocaba una compañía de soldados con sus rifles y bayonetas. Un domingo pude ver que uno de los soldados, un simple muchacho como otros muchos de ellos, le indicaba a un compañero que yo tenía una hiladilla de oro en mi vestido. Me miró entonces con amable sonrisa, y me imagino que querría cambiar sus vestidos de algodón recién lavados por un uniforme con hiladillas.

Alguna vez recibí la invitación, tristemente orlada de crespón negro o algo parecido a crespón, en que se invitaba a mi familia al más acabado funeral de la temporada en San José. Asistí. Fué una ceremonia considerable. Una alfombra de terciopelo iba desde la puerta principal de la Catedral hasta el cata-

falco tristemente envuelto en paños negros en que permaneció el ataúd durante la ceremonia. Había innumerables cirios y flores, pajecillos con sombreros de pelo y fracs, sacerdotes en suntuosos revestidos, y linda música de órgano y cantos. Como el difunto había sido miembro del Congreso, etc., etc., asistieron al funeral muchos diplomáticos extranjeros. Por completo fué una solemne cuestión de estado.

En la zona que rodea a San José el café es la principal fuente de riqueza, gracias a los españoles que introdujeron la planta de la Habana en 1796. Dos cosas quise mucho ver: un cafetal en flor y uno listo para cosecharlo. Pienso que sólo esos maravillosos huertos de almendro florecidos en California pueden compararse a un *cafetal* cuando todos los arbustos—no son árboles—extienden sus ramas frondosas cubiertas de blancos jazmines de fragancia delicada.

La zona atlántica tiene también sus riquezas propias, la principal entre ellas el banano. Cuando me embarqué en el *Cartago*, de vuelta a los Estados Unidos y a mi trabajo, ese buque se encaminó en otra dirección a cargar bananos. En Almirante estaban listos 30,000 racimos, acomodados en largas filas de carros.

Nunca pude convenir con una característica, no, dos, de Costa Rica.

Fué la primera el *zopilote*, una especie de buitre, que rivaliza con los pobres en lo de estar siempre a la expectativa. Es una ave fea, de aspecto sin gracia y desagradable. Tal vez esto se deba a que es una ave de los basureros. De todos modos, me molestaba ver hacia fuera y hallarme con un *zopilote* o *zopilotes*, encaramados en un techo vecino, tal vez para bajarse al patio, en busca de desperdicios o algo que comer. La otra característica con que no pude reconciliarme fué una personal, muy personal: las pulgas. Que no se ofendieron porque no las quería; al contrario, se manifestaron especialmente inclinadas hacia mí, todo el tiempo, en todas partes. No dejaron de pegárseme una o dos cuando iba al teatro, en donde tenía que soportar sus brincos y sus piquetes durante toda la función.

Ahora, cuando recuerdo mis vacaciones en aquella tierra de perpetua primavera, lindos escenarios por doquiera y vida relativamente barata,—pagaba 100 colones al mes por comida y cuarto, que al cambio del día eran 30 ó 34 dólares.—San José me parece el más deseable lugar — salvo España — para vacaciones de un maestro norteamericano de español.

UNIVERSIDAD DE TEXAS.

(Trad. de *Hispania*, mayo 1921. Stanford University, California).

La educación jesuítica⁽¹⁾

POR MIGUEL DE UNAMUNO

AL hablaros de la reciente novela de Pérez de Ayala «La pata de la raposa» os decía que si un jesuíta inteligente—y los hay muchísimos menos que se cree—leyese aquello de que educan ellos de tal modo que le hacen un tormento la vida al que deja de creer, se sonreiría mefistofélicamente, considerando que ése es precisamente el triunfo de su sistema.

Acaso no faltase lector de mis artículos que al leer lo de que hay muchos menos jesuítas inteligentes que lo que se cree torciera el gesto, porque es ya un lugar común entre ciertas personas lo de la inteligencia jesuítica. Creo, sin embargo, que no hay institución alguna humana que haya vivido más de leyenda que la Compañía de Jesús, y de una leyenda que le han otorgado sus adversarios así como ellos, los jesuítas, han forjado a su vez lo más de la leyenda masónica.

«De riqueza y santidad la mitad de la mitad» suele decirse, y un agudo y malicioso ex-jesuíta, don Miguel Mir, en aquel librito que bajo anónimo escribió sobre la Compañía, emplea

una fórmula parecida al hablar de la ciencia jesuítica. Desde luego mantendría yo lo de riqueza, pues lo de las fabulosas de la Compañía de Jesús me parece otra de las leyendas que sus adversarios forjan y ellos usufructúan. Cuando yo era niño se decía que los cafés suizos, desparramados por toda España, eran de los jesuítas y hoy no es raro oír que es de ellos la Compañía Transatlántica. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu!

Otra de las leyendas es la de que no se admite en la Compañía si no al que tenga talento para algo. Y a esto no hay sino recordar aquel graciosísimo cuento que en uno de sus amenos libros nos narra el inimitable narrador peruano don Ricardo Palma y es de cuando preguntando un visitante de un colegio de jesuítas al rector del mismo de qué servía un cierto novicio que le pareció bastante bruto, el P. rector le contestó que era, en efecto, el tal novicio torpísimo, pero que ellos no es que no admitieran al que no tuviese talento

(1) Véase el REPERTORIO anterior.

alguno, sino al que no sirviese para algo. Y al preguntarle el visitante para qué podía servir aquel mastuerzo, contestó el superior: «¡Oh, en cuanto a ese sujeto, le destinamos a mártir del Japón!» Y hay, en efecto, no pocos jesuitas que apenas sirven para otra cosa que para mártires, no ya en el Japón, que se ha civilizado, sino en cualquier tierra de antropófagos.

Lo que hay es que suelen distinguirse en general de los individuos de otras órdenes religiosas en una mejor educación de modales y formas sociales, de urbanidad, pero esto se debe a que proceden, en su mayoría, de familias de clase media o alta, a que hay menos rurales, menos hijos de aldeanos entre ellos. Los más son de pequeñas villas o de ciudades. Y no es en general —claro que con excepciones— del jesuita de quien se puede decir lo de: le huele el alma a santo, el cuerpo a puerco. Mas hasta esto va cambiando entre ellos. Y en todo caso, de ello a la inteligencia va mucho.

Lo que sin duda les distingue y se ha hecho proverbial es su escasez de sentido estético, su mal gusto en artes y literatura. Lo que proviene de que nunca han reconocido al arte un valor substantivo, de que no es el arte para ellos más que un añadido, un adorno, o más bien un señuelo para atraer almas a otro fin: al gran negocio de nuestra salvación. Nadie está más lejos que el jesuita de aquello del arte por el arte, o más bien la belleza por la belleza. La belleza es para ellos algo adjetivo. De donde derivan las deficiencias todas de su educación estética y no pocos vicios, los principales, de su sistema todo de educación.

Al hablaros de aquel Alberto, el protagonista de «La pata de la raposa», a quien los jesuitas educaron inculcándole el miedo a la muerte y el sentimiento del propio ridículo, os dije que acaso le inculcaron algo peor y fué una cierta sensualidad, o por lo menos no supieron defenderle de la que nació con él. Y en la otra novela de Pérez de Ayala, «A. M. D. G.» hay terribles revelaciones a este respecto. Y si no supieron defenderle de la sensualidad es precisamente porque no supieron darle educación estética, artística, ya que nadie da lo que no tiene.

En la sala de recibo de un gran colegio jesuitico había un álbum con reproducciones fotográficas de las estatuas antiguas al desnudo que hay en el museo del Vaticano y un hermanuco de los que allí servían se entretuvo en vestir a las diosas desnudas con una especie de traje de baño en algo así como flanela amarilla. Y en el cuello y puños en vez de terminar el traje en líneas rectas acababa en una especie de piquitos, lo que demuestra que el piadoso hermano hizo de sastre de

aquellas señoras con una especie de delectación morosa. He aquí un suceso tan sugestivo como aquel otro de un noviciado, también de jesuitas, donde se representaba en un cuadro a San Miguel venciendo al Demonio, y éste tenía en una mano un... microscopio!

La mejor defensa contra la sensualidad, aparte de hondas inquietudes y de una sana vida higiénica al aire libre, es, sin duda, una sólida educación estética, en que se tome la belleza por la belleza misma. Don Juan Tenorio, discípulo acaso también de jesuitas, no tenía verdadera afición a ninguna de las artes, me consta. Y los jesuitas,

REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado decenalmente por

J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	¢ 0-50
La serie mensual, 3 números, pagada por anticipado y solidada a la Administración..	1-25
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
La serie anual (36 entregas)...	4-50 » »
La página de avisos, por inserción.....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

al hacer del arte algo adjetivo y añadido, un ornato, o mejor un señuelo, lejos de combatir la sensualidad, la fomentan. ¿Hay acaso nada más sensual, más blando y muellemente sensual que ese culto al Corazón de Jesús por ellos instituido y al que se debe ese horror de imágenes con que han infestado nuestras iglesias? Compárese esa figura...—que no quiero describir por reverencia a Cristo Nuestro Señor— con nuestros viejos Cristos españoles sanguinolentos y exangües, y sobre todo con aquel estupendo de Velázquez. Y compárese las barrocas visiones de la Beata Margarita María de Alacocque con las de Santa Teresa. Y a ésta, a nuestra santa, nunca tuvieron gran afición los jesuitas. ¿Por qué?

Habría que preguntar también por qué los jesuitas—aparte, claro está, excepciones individuales—nunca mostraron entusiasmo alguno por el «Quijote». Y uno que fué de ellos, que fué jesuita, nos ha contado de cierta fiesta en que los novicios al encender hoguera, como en el día de San Juan, lo hicieron quemando un ejemplar del

«Quijote», sobre cuyas llamas saltaban.

Y acaso no deje de tener esto relación con aquello del sentimiento del propio ridículo, de la inutilidad final de todo esfuerzo, de que Alberto nos dijo. Porque si algo representa y vale el «Quijote» en el mundo es la rehabilitación moral y hasta religiosa del ridículo, es la sublimación de lo cómico. El noble Caballero de la Triste Figura padeció la pasión del ridículo y la padeció heroicamente, dió que reír y dando que reír y siendo al parecer vencido es como venció para siempre. Y si algo nos enseña es a afrontar el ridículo.

A un íntimo amigo mío de la infancia que se educó algunos años con los jesuitas le he oído quejarse de que nada le hería más que las pullas del P. Fulano o las bromas, no siempre discretas ni delicadas, del P. Zutano. Y de hecho no creo que haya en pedagogía procedimiento más desastroso y contraproducente a su propósito que el de la burla, como no sea el de excitar la emulación y los celos de los educandos a que también son muy propensos los jesuitas con todo aquello de dividir la clase en cartagineses y romanos y nombrar emperadores de uno y otro bando. Y es así como se les hace por la burla recelosos y suspicaces, y por esa mal entendida emulación, envidiosos. Y es muy difícil que no salga inficionado de esta horrenda peste de la envidia, quien se educó en el seno de una comunidad religiosa, que es donde ella pone sus reales.

Abundan los jesuitas que se las echan de chistosos y llevan su chistosidad hasta el púlpito. ¡Y qué estragos produce esa manía! De todos los géneros de chiste los peores son los que huelen a eructo de refectorio. Porque suelen ser además de groseros, mal intencionados. Y esta torpeza en el chiste mismo, esta falta de verdadera gracia, de gracejo fino, de ironía delicada, débese a deficiencia de educación estética.

En nadie ha tenido, en cambio, más decididos cultivadores la retórica, el afeite y aliño artificiosos de la palabra. De ellos todos puede decirse lo que F. de Sanctis, en su admirable «Storia della letteratura italiana» dice del P. Segneri y es esto: «no tiene otra seriedad que literaria: adornar y embellecer el lugar común, con citas, ejemplos, parangones y figuras históricas, y por lo tanto desabrido, superficial, vulgar y parlero... Lugar común el concepto, lugares comunes los accesorios. No mira eficazmente a convertir, a persuadir el auditorio; no tiene fe ni ardor apostólico ni unción; no ama a los hombres, no trabaja por su salud o su bien. Tiene en el cerebro una doctrina religiosa y moral pegadiza y hereditaria, no adquirida con el sudor

de su frente, una erudición sacra y profana; nada se mueve allí, todo está fijado en su puesto. Su actividad anda por fuera, en torno a la conducción del discurso y la distribución de las gradaciones, las sombras, la luz y los colores».

Y esa falsa oratoria, ¿cómo la enseñan? Haciendo que cada uno de los seminaristas encomendados a su dirección se ejerciten en ella en el refectorio, mientras los demás comen. Comen y se ríen. Es, sin duda, la ocasión más adecuada para poner en ridículo al aprendiz de orador sagrado. Tratan con ello, como con sus otros procedimientos, de matar el amor propio, acaso el sentimiento mismo del ridículo, pero no consiguen sino sobreexcitarlo y hacerlo enfermizo. QUITAN así a sus educandos el sentimiento de la propia dignidad, del respeto a sí mismos, y sobre todo la fe en sus propias fuerzas y les incapacitan para una vida libre. No osarán nunca nada por no ponerse en ridículo.

En esos mismos seminarios encomendados a la dirección jesuítica le hacen de pronto a un joven educando que improvise un sermón sobre un tema dado, sin más que una hora de preparación, y esto al acabarse el recreo y como continuación de él. Y es, en efecto, un recreo para los otros que se divierten a costa del pobre torturado.

Y en el fondo, de lo que tratan no es de enseñar ciencia sino a lucirla o aparentarla. Y esto porque no creen en la substantividad de la ciencia más que en la del arte. La ciencia para ellos no es sino un instrumento apolo-gético de la verdad católica, es decir: la abogacía. O es un medio de mejorar las condiciones materiales de la vida terrena, es decir: ingeniería. Se dedican a la ciencia, sí, pero o para inventar un freno automático cualquiera o para torcerla poniéndola al servicio del dogma. La ciencia pura, el amor a la verdad por ella misma, el ansia de ensanchar nuestro conocimiento del universo y de la vida, esto no lo conocen, a lo menos entre nosotros. Hay que figurarse lo que debió de sufrir el P. Secchi, que tenía temperamento de hombre de ciencia desinteresada y pura. Y eso que se dedicó a ciencias físicas y astronomía y no a psicología, o a historia o a... teología.

Ingeniería o abogacía; no es para ellos otra cosa la ciencia. O un medio de ganarse aquí abajo, en la vida que pasa, la vida, el negocio terrenal, o un medio de servir al gran negocio de nuestra salvación. Y de aquí el escasísimo fruto de los que salen de sus escuelas. Educan abogados en el peor sentido de esta palabra: sofistas. No es en la investigación, es en la polémica en lo que los adiestran, pues para ellos no es el mundo más que un campo de batalla entre los hijos de la luz

y los de las tinieblas, entre el ejército de Jesús, de que ellos, los jesuítas, son el estado mayor, y el ejército de Belial.

De donde esa infecunda manía polemística que distingue a sus secuaces. Manía que les lleva a desfigurar la verdad, no sólo por amor propio, por ese mismo amor propio de que en vano trataron de curarles por el ridículo, por el amor propio de quedar encima del adversario. Recelo, pues, envidia, sofistería, mala fe, todas las peores cualidades del sofista es lo que se consigue con ese género de educación en que ni la ciencia ni el arte tienen substantividad alguna, sino que aquélla es ingeniería o abogacía y éste ornamento y señuelo.

Agréguese que apenas creen en la vo-

TUS ULTIMAS PALABRAS

*Como conchas sonoras de las playas
yo lavaré tus últimas palabras
en las linfas azules de la fuente
donde el recuerdo vela, llova y siente.*

*Pero como en las conchas de las playas
yo escucharé en tus últimas palabras
con la misericordia de lo eterno
los rumores sin fin de un amor tierno.*

*Y así como las conchas de las playas
vuélcanse a veces y se llenan de agua
también se vuelcan y se llenan de alma,
rosas de amor, tus últimas palabras.*

ROBERTO BRENES MESÉN

cación y suponen que cualquiera sirve para lo que su superior le mande. Hay en su largo noviciado unos años de magisterio y le mandan al novicio, para que se ejercite y adiestre a costa de los discípulos, a explicar en cualquiera de los colegios de que sacan renta cualquier cosa, ahora hebreo —de que acaso no sabe cuatro letras el pobre novicio, teniendo que estudiarlas cuatro o seis horas diarias,—y después, cuando apenas si empezó a conocerlas, geometría analítica o química o historia universal o lo que sea. Y esto a expensas de los alumnos, cuyos padres pagan para que se les enseñe lo mejor posible. Y aun hay más, y es que acaso temen que el pobre novicio aquél se aficione demasiado a una disciplina científica o literaria cualquiera, que le tome harto apego a una ciencia humana.

Y hay aquí uno de ellos que ha pretendido defender este trasiego de profesores diciendo que cuando se explica mucho tiempo una misma cosa se adocena uno en ella. Y como sucederá lo mismo con toda profesión, resulta, según eso, que los hombres deben estar cambiando de ellas cada media docena de años, ahora abogado, de aquí a seis años médico, dentro de doce fontanero, luego agrimensor, después marino, etc. Y ¿por qué ellos no dejan su

profesión, la de jesuítas, en la que desde el primer día se adocenan?

Todo lo cual produce el resultado de que no hay institutos de enseñanza en que se enseñe peor que los de los jesuítas. Y eso que tienen que pasar sus alumnos por las pruebas oficiales en los establecimientos del estado, lo que obliga a los dichosos padres a prepararlos para el examen y esto —justo es confesarlo—no lo hacen del todo mal.

Les empapizan las lecciones y luego los muchachos nos las recitan todos igual, todos al mismo tono y bajo el mismo patrón. Hay que aprobarlos y hasta darles nota, pero sale uno de tales exámenes con el ánimo contristado.

Y para final allá va un sucedido. Examinaba yo hace ya unos años, de metafísica a unos alumnos de jesuítas y uno de ellos empezara a decirme: «Dice Spencer que...» siguiendo con algo que no era exacto, hube de atajarle diciéndole: «eh, cuidado, cuidado, que Spencer no dice semejante cosa». Repúsose al punto el mozo y me replicó: «Bueno, pues dice el P. Mendive, que dice Spencer...» A lo que repliqué: «¡Eso ya es otra cosa!» Y en esto están los más de los alumnos de los jesuítas, en que dice el P. Fulano, que dice Zutano.

¿Y las disensiones doctrinales entre el P. Tal y el P. Cual? aquel inventar ridículas distincioncillas para jugar a la independencia de criterio? «In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnia caritas», en lo necesario unidad, en lo dudoso libertad, y caridad en todo. Y al ensanchar lo necesario cercándolo con un aro de hierro, han tenido que multiplicar lo dudoso para jugar a la libertad. ¡Triste juego! ¡Triste juego ese de las discrepancias entre el P. Tal y el P. Cual!

En ese juego no se ennoblecerá el alma pero se exacerban el bajo amor propio y la envidia, esta plaga de las comunidades religiosas. Y lo que apenas se ve es la caridad en todo.

Y basta por hoy que esto sería el cuento de nunca acabar.

Si estas dos novelas de Pérez de Ayala, «A. M. D. G.» y «La pata de la raposa» provocaran una crítica de la educación jesuítica y de la educación dada por órdenes religiosas en general —ya que todas tienden a jesuitizarse al respecto—una crítica, sin pasión sectaria, sin odio a la religión, serena pero implacable, sin mirar más que el aspecto pedagógico, si estas novelas provocaran tal cosa habrían sido columnas miliares en nuestra producción literaria.

Aparte, claro, su excelencia artística y hasta poética, que quedará siempre por encima de todo.

(La Nación, Buenos Aires.)

CON MOTIVO DE LAS FIESTAS DE BELEN⁽¹⁾

POR ENRIQUE JOSE VARONA

COMO todo, en el hombre y en la naturaleza, está sujeto a cambio; no me ha extrañado ver, en la recientes fiestas de los jesuitas de la Habana, a muy distinguidas personas, cuyas ideas en otro tiempo iban por cauce muy distinto al que llevan las de los miembros de esa famosa Compañía. Ni tampoco las declaraciones, algunas bien elocuentes, que allí resonaron entre aplausos.

Pero, al considerar la calidad y la mentalidad de no pocos de los oradores, he pensado que sus palabras revelan un síntoma, que no debe pasar inadvertido para los que se preocupan por la suerte de nuestra sociedad. Se trata de quienes dan, quieranlo o no, ejemplo; y hay que considerar siempre sus actos como ejemplares.

Entre todas las instituciones que en su larga vida ha formado y utilizado la iglesia católica, ninguna ha tenido caracteres más marcados, ni ha respondido a un ideal militante más claramente visto y señalado, ni ha subordinado a él más por completo todas sus actividades, que la realizada por San Ignacio y sus primeros colaboradores. Cualidades tan notadas todas, cual lo ha sido el fracaso completo de las empresas en que ha tomado parte como principal actor o como agente poderoso, aunque secundario. La enorme fuerza que ha desarrollado le ha servido en primer término para obligar a que se le pusieran en frente, en señaladas ocasiones, los otros factores del catolicismo, cuyo servidor eficaz ha pretendido ser.

Ahora bien, ese carácter y ese propósito son precisamente la negación total, absoluta, de cuanto piensa, practica y ama el ciudadano de los estados modernos, consciente de sus ideas y del alcance social que éstas tienen.

El jesuitismo se presentó en la escena del mundo, primero y ante todo, como oposición decidida y sin atenuaciones a la reforma; y después, como reacción contra la relajación de la disciplina y las costumbres de las grandes y antiguas órdenes monásticas. Para esto sentó como su base inmovible la sumisión plena y entera a su jefe, de hecho vitalicio. Estableció, no como aspiración, sino como realidad, un gobierno despótico, sin atenuaciones ni cortapisas. Fue realmente, por su espíritu y por sus obras, un ejército bajo una sola e incontestada autoridad, obediente a un solo jefe. El jesuita abdica, y sólo es jesuita mientras mantiene esta abdica-

ción, abdica de su voluntad y sus sentimientos ante aquel que es la encarnación de la Compañía. Se aviene de todo corazón a ser entre sus manos blanda cera, más aun, cadáver sin resistencia, según las terribles frases que se han hecho tan célebres: «Pres-tándome a ser moldeado en sus manos como cera... Debo ser como un cadáver, que no tiene ni voluntad ni entendimiento». Así se lee en los *Ejercicios Espirituales*.

Cualesquiera que sean las alteracio-

RECUERDO

*En el agua de cristal
de mi manso corazón
estás tú, mujer ideal,
como una flor.*

*Un deseo, como el rayo
de una luz inmemorial,
escondió un frescor de mayo
en la flor y en el cristal.*

*Y el aroma que tú exhalas
en mi alma, santa flor,
es, cantando entre dos alas,
un recuerdo-ruiseñor.*

ROBERTO BRENES MESÉN

nes que el correr del tiempo ha tenido que introducir en su seno, la Compañía ha procurado tenazmente permanecer fiel a ese espíritu, que le ha dado el ser y que la caracteriza. Flexible en lo externo, es radicalmente inflexible en el fondo. Captó poco a poco la educación de las clases superiores y de la gente acomodada, para realizar su aspiración de dominar los espíritus de los directores sociales, que es el modo estable de dominación. Y para esta obra, ha sabido apelar a todos los medios de atraer y deslumbrar. Durante buen tiempo sus métodos pedagógicos fueron excelentes para su época; y su habilidad y destreza para dirigir sin violencia aparente las conciencias, se hicieron famosas. Sus templos brillaron por la riqueza y ostentación, si no por el buen gusto; y sus colegios nada ofrecían, en la manera de tratarlos y alimentarlos, que pudiera intimidar al educando. Duros consigo mismos, no impusieron la dureza; y se mezclaron con el mundo, se insinuaron en las familias, para echar raíces, delgadas y poco aparatosas, pero múltiples y flexibles, que cimentaran su imperio.

(1) Celebradas por los jesuitas en febrero de 1914 en el Colegio de Belén, de La Habana. Celebraba entonces la Compañía el centenario de su restablecimiento.

Todo lo que la habilidad humana puede hacer lo ha hecho la Compañía; pero la habilidad del hombre no prevalece contra la ley incontrastable del cambio. Son hoy los jesuitas un anacronismo, y por esto, quierase o no, un peligro social.

Porque no se olvide que las concesiones que han hecho o se han visto obligados a hacer a las exigencias de los tiempos, han sido siempre puramente exteriores. Lo que se ve en grande en su ruidosa caída del siglo diez y ocho, cuando tuvieron en su contra a casi todos los poderes de las naciones católicas, se ha repetido en pequeño cada vez que han estimado conveniente esquivarse o disimular. Perseguidos entre sus correligionarios, en aquella memorable ocasión emigran al centro y oriente de Europa, entre protestantes y cismáticos, o se ocultan y disimulan, cambiando de nombre; para reaparecer cuando abonanza la tormenta, con sus mismas ideas, sus mismos propósitos y sus mismos procedimientos.

La tremenda requisitoria contenida en el breve de Clemente XIV, *Dominus ac Redemptor*, no tenía réplica ni medianamente adecuada. Dejaron retumbar el trueno, hasta que se desvanecieron sus ecos; y poco a poco, en silencio, volvieron a ocupar las posiciones de que habían sido desalojados, para proseguir su obra de dominación subrepticia, pero real y extensa. Y dondequiera que han agitado la sociedad en que ellos se encontraban grandes conmociones públicas, se han abstenido de hacer ruido, para surgir más tarde y continuar más al descubierto la no interrumpida labor. Más que la significativa divisa contenida en las famosas iniciales A. M. D. G., los ha caracterizado y ha dado norte a su actividad la acerada respuesta de Lorenzo Ricci en los momentos más críticos de su historia: *Sint ut sint, aut non sint*.

Sí, son los jesuitas tales como los quiso su perspicaz fundador; pero, por lo mismo, y sin atenuación posible, resultan radicalmente diversos de lo que demandan las condiciones de la vida pública de nuestros tiempos. Estas quieren que cada hombre sea dueño de sí, y que la parte que enajene para el bien público y el necesario concierto de la comunidad política de que forma parte, le sirva para engrandecer y aumentar su propio valor. No quieren siervos sumisos a quienes basta mandar, sino ciudadanos convencidos, a quienes hay que empezar por vencer.

No sé yo si era o no buen profeta el cardenal Mawning, cuando exclamaba: «The work of 1773 was the work of God; and there is another 1773 coming». Pero sí estoy persuadido de

que, cualquiera que sea la forma que vayan tomando los estados modernos, los hombres que los formen estarán cada vez más distantes del ideal de los jesuitas.

No ignoro que hay entre nosotros personas de gran cultura y respetabilidad, quienes opinan que nuestro pueblo necesita disciplinarse, y que es forzoso buscar el sentimiento de la disciplina en donde se encuentre. Parten de un hecho cierto; pero le aplican o pretenden aplicarle un remedio cuya inutilidad ha probado la experiencia. Muchas cosas puede hacer el hombre; pero no remontar el curso del tiempo. Esas instituciones a que ellos se refie-

ren han tenido un prolongado período de dominación, y no han impedido el fenómeno de que nos lamentamos. Y eso que entonces no encontraban contraste. ¿Cómo han de realizar hoy el milagro que no pudieron en la plenitud de su poder e influencia?

Cuando el cielo se ennegrece y el trueno retumba; cuando se desprende fulgurante el rayo, no va el hombre de hoy a buscar amparo en vanos simulacros, sino acude a los instrumentos protectores que ha puesto a su alcance la ciencia perseverante, su única emancipadora.

Habana, 16 de febrero, 1914.

MANUEL MAGALLANES MOURE

POR PEDRO PRADO

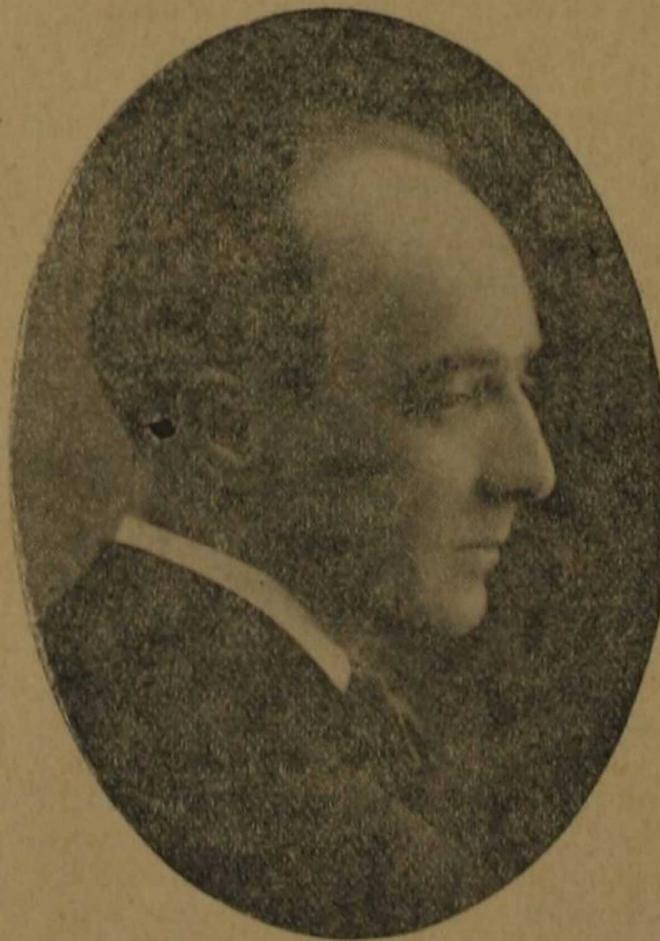
ESTAMOS en Santiago. Es tarde. Falta poco para que el sol se ponga. ¿Quieres, lector, que hagamos una visita al poeta?

Se sale de la capital, lentamente, por la calle de Gálvez; la más estrecha, tortuosa y antigua del barrio sur. Luego de torcer dos o tres veces, el tranvía sale veloz a una amplia avenida. Hay un hospital modelo, una iglesia parroquial y, dispersos, olmos viejos y hermosos. Desfilan las granjas, los parques señoriales, nuevas poblaciones, viñedos y tierras de labor. Se divisan las cúpulas del Observatorio Astronómico de Lo Espejo, los hangares del Aeródromo del Bosque, y llegamos, por fin, a pleno campo.

Desde el camino polvoriento, metido entre paredones de adobón y lindes rumorosas de álamos que, en otoño, brillan como grandes llamas, se divisa la enorme Cordillera de los Andes. Ya el sol se ha puesto. Pero aun, por largo tiempo, alumbrará las altas nieves incendiadas. Nada hay más bello, nada más lleno de sugestión y de grandeza que este espectáculo cotidiano. Es imposible que un pueblo que cada día se ve envuelto en este inmenso fulgor despedido por su propia tierra, y que tiene todo un horizonte abierto hacia el mar, y el otro lanzado hacia la altura, no encierre un porvenir de acción y pensamiento.

El tranvía acorta la marcha y penetra, lento, a una ciudad silenciosa, de casonas amplias, sombreadas por enormes árboles, bañados los troncos en el murmullo de aguas corrientes que reflejan las últimas luces crepusculares. Te encuentras en la ciudad de San Bernardo, ciudad fundada en febrero de 1821, a la cual, pocos años después, se le dió este nombre en honor de Bernardo O'Higgins.

Sí, esta es la plaza. ¿Verdad que es bella con sus olmos añosos, sus ligustros sombríos y su fuente oculta en la espesura? Aquella estatua es la de don



MANUEL MAGALLANES MOURE

Domingo de Eyzaguirre, fundador del pueblo e iniciador del canal que viniendo del río Maipo, riega todas las ricas tierras que se extienden, por leguas y leguas, al sur de Santiago, antes rulos tristes y pedreros.

Pasarán los años y aquí, en esta plaza, se levantará otro monumento, tal vez más pequeño, acaso escondido al lado de la fuente. Será el de Manuel Magallanes Moure, el poeta que defendió los árboles de esta ciudad apacible, donde, al igual de ellos,

calladamente vive. De tarde en tarde canta, y es como si un pájaro, confiado en la soledad ambiente, se detuviese un momento en él. Y luego queda largo tiempo mudo, con esa mezcla hermosa de tristeza grande y de oculta bondad, que sólo ostentan los árboles que crecen aislados.

Su casa está cerca de la plaza. Es una casa baja, sencilla. Por los cristales de la mampara se divisa un patio sombrío y un peumo frondoso. Esperamos largo tiempo, y no acude nadie. Volvemos a llamar, golpeando con los nudillos en los cristales. Se escucha, profundo y denso, ese silencio sedante de las ciudades pequeñas. Acude una sirvienta, y sabemos que el poeta no está en casa.

—Salió—nos dice.—

—¿Volverá pronto? — preguntamos.

— ¡Quién sabe!

—¿A dónde iría?

—No dijo donde.

Manuel Magallanes Moure, un hombre más bien alto que mediano, siempre vestido de negro; con su enorme y combada frente plácida y, hasta ayer, poseedor de una grande y serena barba negra; con sus largos silencios, su bondadosa atención, la fugaz chispa de ironía de sus ojos pardos y pequeños, su reír callado, sus frases vagas y breves, siempre envueltas en humo de cigarros, deja una impresión confusa de quietud o de misantropía. Tarde, sólo al conocerlo íntimamente, sabes que todo aquello es dolor callado. Es ese sufrimiento hondo y constante de los grandes y limpios espíritus amorosos.

El amor en la juventud presta audacia; en la edad madura, ese fuego siempre encendido, es melancólico y adusto como la luz de un faro. El torrero que la enciende, porque ve cruzar lejos los buques iluminados en la noche, cree que en ellos alienta y pasa la alegría.

Más que otros solitarios, este poeta es un ser esencialmente contemplativo. No tiene, ni ejerce profesión o trabajo alguno. A veces, por largos intervalos, escribe. Pasa después cinco o seis meses, en plena Cordillera de Los Andes, en El Melocotón, un lugarejo perdido al amor de las aguas despeñadas del Maipo, en un valle tan angosto, metido entre tan enormes montañas, que el día es tres horas más breve, y eterna la noche, toda rumor y solemnidad.

Allí, con su caja de pinturas, discurre sin prisa y pinta picachos nevados encendidos por el sol poniente; la sombra que sube azul por los agrios faldeos; las nieblas que ocultan las quebradas y cañadones; o bien, cuando la noche se anuncia, esas pequeñas luces encendidas en algún lejano rincón de las solitarias sierras, luces de leña-

El Mensaje de "Claridad"

Por ARMANDO SOLANO

dores o de dispersos hogares, que pesa-
tañean débiles entre los confusos y
distantes grupos de árboles, cuando
ya el cielo del crepúsculo se torna de
un gris verde, y se avcinan, por so-
bre las altas cumbres, nubes oscuras,
espesas y siniestras.

Una tela suya, que representaba
este último tema, fué premiada en el
salón oficial del año pasado.

Este poeta pintor, es el más querido
en nuestro país, entre todos sus cole-
gas. Hace años se fundó una sociedad
de escritores y artistas, y fué elegido,
por unanimidad, para presidente de
ella.

Pero no era su sitio. Cada vez más,
ignora toda disciplina, y está tan sen-
cillamente entregado a su destino que
a menudo, se confunde sabiéndose in-
capaz de realizar actos u ocupaciones
que requieren una pequeña dosis de
voluntad.

—Yo no me aburro nunca—me ase-
guró hace años. Pero era en prima-
vera. Su vida es tan vegetativa que,
como un árbol, en el verano madura
con languidez; en el otoño produce
algunas obras tristes y pasajeras; en
el invierno se siente desolado, pero ya
en primavera, con nuevas energías e
ilusiones, escribe sus poemas y pinta
sus cuadros.

No es su actitud la de un filósofo o
la de un pensador; es, como tantas
otras fuerzas ciegas de la naturaleza,
algo dócil a la hora y a su encanto, a
su profundidad y a su belleza.

¡Qué existencia comprenderá mejor
que la suya los paisajes que pinta o
describe! Su corazón guarda una ocul-
ta correspondencia con todo lo que a
su alrededor reposa.

Tan lejos en el arte de la vana lite-
ratura, como en el amor del sensualis-
mo, representa en la intelectualidad
chilena uno de sus más altos y puros
valores. Orgullosamente sabemos que
es reconocido más allá de nuestras
fronteras. Aquí no sólo se admira su
obra, plena de belleza, sino que se es-
tima y se quiere a este hombre porque
su vida, libre como la de un pájaro,
redime de no sé que vanas esclavi-
tudes.

Lee sus poemas, y repara en cómo
trasciende de ellos una cosa viva.

Si le conocieses ¿no presientes que
serías su amigo? Y ser amigo de un
poeta de su clase, y frecuentar su tra-
to, es como salir lejos: al campo, al
mar, a la montaña. Se está allí tan
deliciosamente. Se recupera y se com-
prende, y se ahonda uno a sí mismo,
con tal facilidad! Cuando se regresa
de aquellos sitios, un nuevo vigor en-
tona nuestro cuerpo, nuestras pala-
bras son más seguras y serenas, y
unos deseos vagos y grandes nos me-
cen y acarician como aires benignos.

Santiago, 1920.

EN su edición pasada publicó *El*
Gráfico el texto completo del elo-
cuente llamamiento que en nombre
del grupo «Claridad» dirigen Anatole
France y Henri Barbusse a los pensa-
dores, escritores y artistas de la Amé-
rica Latina⁽¹⁾. Es una pieza sencilla, de
sobriedad austera, sin adornos inútiles,
sin hipérboles, sin gritos. Frío y des-
nudo como la verdad para la cual pide
apoyo, el mensaje no aspira a produ-
cir una falsa impresión ni a sugestio-
nar por los caminos fraudulentos de la
retórica. El entusiasmo que de él ema-
na, la fe y la esperanza que suscita,
radican, pues, en el fondo de belleza
y de justicia que tienen las ideas pre-
conizadas allí.

Es muy posible que los espíritus ge-
nerosos que han fundado a «Claridad»
como un gran foco del que deben irra-
diar, mediante una labor discreta, va-

COLECCIONES COMPLETAS DEL REPERTORIO I y II.

Ofrezco algunas al precio de ¢ 22-00, para
el exterior \$ 10.

San José, C. R. Alberto Calderón G. Apartado 533

lerosa y sostenida, la luz y el socorro
moral que necesitan las masas popula-
res europeas, subyugadas hoy, más
que antes de la guerra por un milita-
rismo lleno de orgullo y de codicia,
no se dirigen a nosotros, latinoameri-
canos, sino en busca de una simpatía
platónica. Es probable, casi seguro,
que los directores del movimiento
que anhela en Francia, como en los
pueblos occidentales, la renovación de
los cánones sociales y del *idearium*
filosófico y político que ha producido
tantos males colectivos y ha causado
tantos dolores individuales, estén cre-
yendo que su propaganda sería super-
flua en las jóvenes democracias de
este lado del mar. Ni las más cultas y
curiosas mentalidades europeas nos
conocen a fondo. Apenas si las excep-
ciones nos presienten vagamente como
tribus errantes y pintorescas que se
detienen por momentos bajo un bos-
que de cocoteros, a la orilla de ríos le-
tárgicos, para compartir la abundancia
espontánea de las frutas y de los peces.

Es preciso que sepamos correspon-
der al comprometedor mensaje que,
a pesar de todo, se le dirige a la in-
telectualidad de la América hispana. Es
necesario que aprovechemos la her-
mosa oportunidad que nos brinda la
iniciativa de «Claridad» para decir

(1) Véase este Mensaje en el N° 17 Vol. II
del REPERTORIO.

nuestras inquietudes espirituales; la
zozobra, la incertidumbre, la angustia
moral que nos ahoga, en medio de una
organización aparentemente libérrima,
pero que ni en su esencia ni en sus
modalidades puede adaptarse ya a las
ambiciones de las almas nuevas. Te-
nemos que decirles a quienes nos lla-
man desde muy lejos, por sobre los
abismos del océano, de la lengua y de
la raza, que en América no existe el
reino de la equidad, y hay un núcleo
de conciencias puras y de voluntades
viriles que están decididas a conquis-
tarlo. Que la libertad de que cierta-
mente disfrutaban algunos de esos pue-
blos—no todos—es la libertad política,
o sea el derecho para morir de ham-
bre o vivir de un trabajo agobiante y
embrutecedor, sin que el poder público
intervenga para defender a las vícti-
mas de la libre competencia y del libre
juego de fuerzas económicas en cuyos
engranajes se muelen la inteligencia,
la energía y la vida de un proletariado
ignorante y fatalista.

Ya que el grupo «Claridad», cuyo
programa de idealismo revolucionario
nos era conocido desde su aparición,
rompiendo con la tradicional indife-
rencia europea respecto a nosotros,
nos llama como a compañeros y her-
manos al concurso de una obra meri-
toria y trascendental, sepamos coad-
yuvar lealmente a ese esfuerzo y
levantemos en estas capitales las tri-
bunas de pensamiento en donde hagan
eco nuestras voces al clamor de huma-
nitarismo, de emancipación y de resis-
tencia que viene en las líneas del
mensaje. Nosotros padecemos en me-
nor grado que Europa y Norteamérica,
pero evidentemente padecemos, todos
los males provenientes de una organi-
zación social fundamentada en el abu-
so y el engaño. El capital, ignorante
de sus intereses, no cuida de garanti-
zar todos los derechos del trabajador;
dogmas rígidos y acaparadores tienden
sobre los ojos de la colectividad un
manto espeso. Y abajo, nadie se en-
tiende. Los buenos deseos y las inten-
ciones rectas se esterilizan en el
aislamiento, cuando no perecen en la
hostilidad. No hay solaridad ni amor
entre quienes más los necesitan.
Ojalá que ahora, escuchando el llama-
miento fervoroso y desinteresado de
«Claridad», lleguemos a la constitu-
ción de agrupaciones activas, capaces
de coordinar los deseos y el pensa-
miento de las almas distantes y desco-
nocidas que caminan, no obstante,
hacia el mismo ideal.

(*El Gráfico*, Bogotá.)

IDEAS PARA UN PROLOGO

(Urgente)

POR JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Véase el N° anterior.

4. — DANIEL VÁZQUEZ-DÍAZ. — El arte de Daniel Vázquez-Díaz es un producto conscientemente evolutivo, renovacionario. El pintor nervense ha asumido, desde muy joven—estancia en París, como en el caso de Manuel de Falla; la literatura vieja, la música menos, la pintura casi nada—, las influencias más varias, progresivas y culminantes, en forma, ritmo y color—Renoir, Cézanne, Gauguin, Bourdelle—, y las ha disciplinado día tras día, ofreciendo, en cada nuevo agosto, el fruto nuevo.

—Bien dotado para «pintor», para tenor de la paleta, pudo perderse—y estuvo a punto—en ese abierto montón famoso y laureado del fácil nacionalismo pictórico, los rearruinadores ladrilleros de Castilla rancia, los adormilados del castellanismo forzoso, ¡ay, pintores, poetas y músicos «españoles» del día, castellanos o no!; o en el otro montón—y el mismo—del último virtuosismo del grano, del tubo, del ademán de los brazos armados de paleta y pincel—¡la batalla del arte!—; groseros recalentadores, aquéllos y éstos, de la olla bien podrida, en la cocina cerrada—¡ni un tragaluz, ni chimenea siquiera!—de la venta nacional!

Vázquez-Díaz no es nativamente un temperamento delicado—rarísimos en España—; pero la delicadeza lo ha ido haciendo suyo; él es, más cada día, de la delicadeza. Ahora llega el momento—los treinta y tantos del hombre artista—de la madurez. Ved ese ADOLESCENTE, cenital sazón de una disciplina íntegra, ese plateado desnudo vestido, esa espada, espadaña humana, esa alma desnuda, luminosa como una aurora de sol y luna.—Y a la extraordinaria comprensión amorosa de la forma—amor, otra virtud del impresionismo—, que le viene de antes, a un profundo sentido rítmico—ese ritmo de la pintura, que desde El Greco parece haberse perdido en la española—en Anglada es ritmo superficial—, Vázquez-Díaz añade hoy su novísimo color—MUJER, ESTUDIOS PARA UNA PINTURA MURAL, DESNUDO DE LA CORTINA AMARILLA, LA BARCA VERDE, CABEZA CAMPESINA, PESCADORES VASCOS, PUEBLO DE MAR, MADRE CAMPESINA, ADOLESCENTE—, espléndida libertad de color; y su cuadro es espejo, claro como el agua más límpida, de la estampa del sentido de la visión errante que ha posado, aquí y allá, su fe absorta en la infinita ala caprichosa del matiz—esa

ilusoria realidad delicada, hija tierna del color, que apenas se posa ya se va; luz casi sólo, y que es deleite máximo del contemplativo—; añade hoy el éxtasis del mirar.

5.—EL CLASICISMO.—«Clásicos y modernos»; ¡qué absurda, qué constante distinción! Clasicismo es virtud del presente y del futuro, no sólo del pasado. Hay clásicos en el pasado, pero los clásicos no son del pasado, por ningún concepto temporal; ni ellos fueron del pasado en su día, ni hoy son de su día solamente. Tampoco eso otro de «los revolucionarios de hoy serán los clásicos de mañana». No; revolucionarios, clásicos mañana y hoy. No hay oposición.

Es error inocente, creer que la mayoría de hoy sanciona lo de la minoría de ayer; decir: «el artista genial no es comprendido en su tiempo». La mayoría de hoy llama clásicos a los mismos que gustaba la mayoría de ayer. No hay duda de que, para esta mayoría, Murillo, Ribera, Velázquez casi, son hoy «más clásicos» que El Greco o Goya; Cervantes, Lope, más que Góngora o Gracián.

El clasicismo, como la estética, la ética, etc., no es nada objetivo, ni, insisto, lo condiciona esencialmente el tiempo. Está en nosotros, cuando está, como la sangre, vivo, hondo y ardiente; en nuestra vida diaria, no en libro ni museo; y si queremos ser «clásicos», hemos de encontrar en nosotros mismos, sin consejo ni ayuda, nuestro propio y único clasicismo.

6.—EVA AGGERHOLM DE VÁZQUEZ-DÍAZ. — Paralelamente a su marido, Eva A. de Vázquez-Díaz viene trabajando callada, hace años, en su obra decorativa y escultórica. Ella corre toda por dentro; es la plena y rica rama oculta, la sensualidad ideal, el corazón lleno, la meditación de la entraña emotiva; oye, en su centro secreto, más músicas trascendentales.

Yo la llamaría «marinera de la escultura», navegando por estas aguas de formas rítmicas, músicas; que podría parafrasear, a cada ola, en su errancia, el verso mágico de Baude-

Del poeta Magallanes Moure acaba de hacer *El Convivio* un FLORILEGIO. 58 de sus mejores poesías en un tomito elegante. Selección del Autor.

Remítanos € 2-00 y a vuelta de correo le llegará el precioso FLORILEGIO.

laire: «A veces, la escultura me coge como un mar».

Olas de piedra humana son sus esculturas, peregrinación de solitarios o fraternales seres contemplativos, hacia un islote invisible, existente, sin duda, donde lo cuenta a la fe, a la esperanza y a la caridad de la marinera que los guía, el viento.

—Y sus ensayos pictóricos, ausencia triste de esta exposición...

Yo creo que el misticismo panteísta de esta Eva ha ido contagiando la pintura de su Adán, con los elementos de su claro exotismo natural y con su muda pasión purificadora. Y el arte de los dos se complementa, como con cristales espirituales y materiales combinados, en atmósferas con espejismos, siendo cada uno perfectamente desierto y original.

y 7.—NOTAS. 1. El arte ha de ser, ante todo, «conscientemente sensual», halagador de los «sentidos inteligentes»

2. La poesía lírica, el baile, la música, el ensayo ideológico, tienen bastante con la verdad, porque crean con ella. La pintura, la novela, la escultura, el teatro, no tienen bastante, porque sólo copian con ella.

3. Hasta el impresionismo, la pintura universal posterior a El Greco, y que ha podido verlo, es toda anterior a El Greco. En el mejor caso—Velázquez, por ejemplo—, aprende de él, pero no le añade. El impresionismo aprende de El Greco, cima altiva, definidora, de la pintura de una época, y le añade.

4. La cultura de la vista, ¡qué fácil, qué rápida suele creer el pintor que es; y es tan infinita! La vista es la madre verdadera del éxtasis.

5. Se dice en España «sensualidad, arte sensual», y creen que es de casa de lenocinio. Se dice «pasión», y creen que es grito, desaffo, porrazo y tentetioso. Se dice «sencillez», y creen que es suciedad, carencia de respetos, alarde de plebeyismo.

6. El arte bello, la «belleza bella» contra el arte feo, la «belleza fea».

7. Ese otro nos viene contando que va contra el chorizo, la mojama y el garbanzo nacionales, y lo que hace es chorizo de salón, mojama para el té y garbanzo de convaleciente.

8. El clasicismo verdadero, el único—el genial, no el normal: ¡Góngora, El Greco, universales solitarios, sensuales completos, luces de alba!—, es actual siempre, y por eso no desciende nunca, ni aun con el tiempo, a la mayoría.

y 9. Pie en la patria casual o elegida; corazón, cabeza, en el aire del mundo. El verdadero artista nacional—¡cuidado con el truco!—es el artista universal.

(Catálogo de la Exposición de Vázquez-Díaz. Madrid. Marzo de 1921.)

Instituto de las Españas en los Estados Unidos

Center for the Study of Spanish, Portuguese and Hispano-American Culture

419 West 117th Street

NEW YORK CITY

MEMORIAL STATUE OF D. JUAN VALERA

A popular subscription, headed by His Majesty Don Alfonso XIII of Spain, is being raised to erect a memorial statue in Madrid to the genial author of *Pepita Jiménez*.

Although the movement originated in Spain, the Conde de las Navas, Librarian-in-chief of the Palace Library, in his recent letter inviting our cooperation, expresses the hope that the admirers of the great novelist in the United States may take an active part in this tribute.

The books of Valera have been widely read in this country by all who have studied Spanish as well as by the general public in translations. A part of Valera's diplomatic career was

spent in Washington. It seems highly fitting that the United States should take advantage of this opportunity to give Spain a proof of sympathy for and interest in her culture.

Any donation, no matter how small, will be gratefully accepted. Checks and money orders should be made payable to the Instituto de las Españas, 419 West 117th Street, New York City.

Stephen P. Duggan.—*John L. Gerig.*
—*Harry C. Heaton.*—*Federico de Onts.*—*William R. Shepherd.*—*Lawrence A. Wilkins.*—GENERAL EXECUTIVE COUNCIL.

Propaganda literaria

POR ARTURO TORRES RIOSECO

A don JOSÉ VASCONCELOS, defensor de la América Libre.

SIMPÁTICO movimiento de propaganda literaria es el comenzado por periódicos de valor indiscutible como el REPERTORIO AMERICANO y *Nuestra América*. En América no nos conocemos. Ayer no más decía uno de los profesores de Columbia University que, siendo Chile un país próspero y rico no había producido literatos de importancia; esta ignorancia del profesor español es nuestra ignorancia, la de todos los escritores de la lengua. En Colombia no hay noticias de los poetas platenses, ni de los chilenos, ni de los peruanos. Nosotros, los del Sur, desconocemos por completo la producción artística de los países tropicales. Y si queremos formar en Sud-América una conciencia continental, lo haremos únicamente por medio del intercambio de manifestaciones intelectuales y no por la diplomacia actual, analfabeta y oligarca, ni por el comercio, en que intervienen los sentimientos más bajos del alma de los hombres. Acaso esta falta de medios de comunicación esté retardando el libre vuelo de nuestro cóndor y haciendo presión sobre nuestro entusiasmo creador y nuestra sed de gloria. Así como yo, poeta chileno, habría guardado inédita

mi producción poética si se me hubiese destinado a ser cantor de Chile, pueblo con un 60 por ciento de analfabetas, creo muy natural que poetas del Perú, del Ecuador, de la Argentina, se entren en su torre de marfil, amargados por la incompreensión de sus conciudadanos, gente soez, de mollera apretada, cuando no indios. No faltará mozalbete que me diga: Señor, en mi patria tenemos ateneos y cientos de poetas. Y yo le respondo: Amigo, de ese peligro estoy hablando, de esa masturbación literaria que nos enflaquece la médula racial, de esos señoritos empolvados y brutos que no vaci-

lan en decir que Oscar Wilde es el gran poeta de Inglaterra y que Tagore es un monstruo de grandeza, cuando ya han tenido la impertinencia de negar siete veces al enorme Darío, anteponiéndole las figuras secundarias de Nervo o de Machado. Yo diría que esos literatos nuestros eran realmente concientes si en vez de aplaudir sin reservas a Rufino Blanco Fombona porque tiene casa editorial, le dijeran como hombres y como críticos sinceros que sus versos son insoportables, lo peor que se ha hecho por un hombre inteligente en lengua castellana. Les llamaría personas decentes si se dejasen de proclamar que González Martínez es el gran poeta de México; le aplauden porque es el editor de *Cultura* y porque tiene un puesto diplomático, aunque estén convencidos de que él no ha traído ni un estremecimiento estético a nuestra lírica con su verso frío, sin entusiasmo, parnasiano. Ya Baroja nos ha dicho algunas verdades sobre esto, y si no fuera por la decadencia de la literatura de su patria que no cuenta con más escritores de valer que Blasco Ibáñez y Unamuno, yo le daría la razón. Adolecemos de un provincialismo horroroso, detestable. Y luego la mentira, la adulación canalla, esa que eleva a simples retóricos como Jaime Freyre y Guillermo Valencia a la categoría de verdaderos poetas. Esta juventud nuestra que es cobarde e inculta en los campos de la literatura, se me presenta a los ojos despreciable desde otros puntos de vista. ¿Cómo tendremos confianza en la muchachada de un pueblo que como Venezuela, está soportando por lustros al más desvergonzado de los reyezuelos de nuestro desgraciado continente americano, incubadero de todas las tiranías y de las más barrocas superioridades? La figura de Juan Vicente Gómez, alargada con caracteres de epopeya por todos los rufianes de su diplomacia, nos ha estremecido de la más profunda indignación al conocer las influencias continentales que ya ejerce, puestas de manifiesto por los ataques dirigidos en contra del dignísimo pensador mexicano José Vasconcelos y del poeta J. J. Tablada, que al

VISITE USTED

La Carpintería, Ebanistería,
Fábrica de marcos y repisas

DE ENRIQUE GOMEZ C.

100 varas al Sur del "Templo de la Música"

SAN JOSE DE COSTA RICA

atacar un régimen tiránico han cumplido únicamente con el deber de todo hombre libre, amante de su América. Y de todos los pregoneros a sueldo: prensa asalariada, ensayistas pedestres, poetas hampones, no ha salido una sola voz desinteresada en la defensa del pueblo más grande del continente, por ser la cuna de Bolívar.

La labor de estos periódicos de intercambio continental hará que todos los hombres libres, amordazados por la prensa oficial de sus países, encuentren campo propicio a sus desahogos internos, a su hambre de reparación, a sus sueños de belleza, a sus ansias de fraternidad. Y en los momentos actuales, cuando una nación de gobernantes inescrupulosos empieza a apoderarse paulatinamente de nuestra querida tierra indígena, abriéndonos canalitos para construir sus fortalezas y poder bombardearnos en la hora necesaria desde Panamá hasta Punta Arenas, la de Chile, este estrechamiento latino no es ya una conveniencia sino que se impone como una necesidad vital. Nada tenemos que hacer con los norteamericanos. Debemos sí, mandar florida juventud a aprender aquí cosas prácticas, a buscar grandeza material, pero que mantenga libre su espíritu idealista y noble, libre de las ambiciones monetarias, del desprecio por las bellas artes, de la indiferencia por toda actividad desinteresada. Muchos tendrán por paradoja mi afirmación de que la América del Sur es infinitamente superior a la del Norte cuando las apariencias dicen claramente lo contrario. Un señor Pinochet trataba de demostrar en el *Norte Americano*, periódico escrito en argot, que los yanquis eran superiores a nosotros en fuerza emocional y en caballerosidad con la mujer. Basta ir a cualquier teatro de mi tierra para ver cómo el peón y el niño del arroyo se emocionan ante toda tragedia y mascan su dolor, haciendo esfuerzos inauditos para contener el llanto, que siempre las lágrimas fueron tenidas por nosotros como signo de debilidad. Mientras aquí, en esta culta ciudad de New York, lo más refinado de la aristocracia se reía a carcajadas del dolor de Canio en «I Pagliacci», equivocando el significado de la risa trágica, y un público de escritores protestaba en contra de la sensibilidad de Nora en «Casa de Muñecas». Con respecto a esta diferente actitud hacia las mujeres, tendría muchas cosas que decir en desmedro de las señoras yanquis, puesto que aquí debe hablarse del poco respeto de las mujeres por el hombre. Pero es infantil esto de querer fundar diferencias en meras superficialidades, cuando en la hora de íntima expansión, en el trato social y en la hora del peligro, los hombres de todos los pue-

blos adoptan igual actitud con las mujeres de todo el mundo. Vuelvo a repetir, nada tenemos que hacer con los yanquis, hombres que se diferencian de nosotros por su raza, religión, ideales, idioma, cultura y sentimientos.

El ideal de unión política que sustentó el libertador Bolívar, ya no tiene razón de ser en nuestra América. Cada pueblo del continente ha llegado a formarse una individualidad bien definida. Tenemos nuestros intereses creados que cada día nos aislan más en lo material, y con la forma de go-

¿Necesita Ud. algún libro?

Pídamelo; si no lo tengo, se lo consigo.

Me hago cargo de toda clase de

Agencias y Comisiones

ALBERTO CALDERON G.

SAN JOSE — APARTADO 533

bierno establecida en todo el mundo, no es posible soñar con uniones que irían en contra del sentimiento patriótico, lo más fuerte de nuestras colectividades. Claro está que cuando el Gobierno Soviet eche raigambre firme en los cinco continentes, lo que sucederá, pese a capitalistas y políticos del momento, habrán de desaparecer las fronteras políticas para dar lugar a las otras líneas de división entre clases sociales; pero éste sería ya un movimiento de fraternidad universal.

Siendo imposible la unión política de nuestro continente, debemos luchar por la comunidad intelectual. Se me argüirá que yo mismo he planteado el problema de la nulidad de nuestra producción literaria; sin embargo, comprendo que de este hervir fervoroso de entusiasmo artístico en nuestros países, han de salir grandes figuras, porque en todos estos jóvenes escritores distingo ya el gusto artístico superior, el correr desenfrenado de nuestra sangre indígena, el ideal insuperable del arte por el arte. Y ya en esto somos superiores a muchas otras razas. Tomemos por ejemplo la poesía norteamericana del siglo y veamos cómo cualquier novel hacedor de rondales de nuestros países supera en belleza fraseológica la obra de estos grandes mediocres yanquis que se llaman Amy Lowell, Edgar Lee Masters, E. A. Robinson, J. G. Fletcher, C. Sandburg, Robert Frost. Ya he reconocido anteriormente el valor de estos poetas juzgados desde un punto de vista norteamericano, en relación con la psicología de su raza, pero to-

mando en cuenta valores generales me quedo yo con la estética de Alfonsina Storni, Eguren, Miró — el panameño —, Borgia, Hubner, Castillo, todos poetas de segunda clase, pero que tienen la superioridad innegable del decir elegante y la psicología inquieta de mi raza. Para estos poetas nuestros, y para los buenos intelectuales de las dos Américas Latinas necesitamos órganos comunes de propaganda que formen nuestra estética racial, un credo flexible de belleza artística de donde saldrán figuras gloriosas como de aquel estremecimiento pagano de fines del siglo diez y nueve salieron las dos fuertes columnas de nuestro palacio literario: Darío y Rodó.

Estos periódicos de difusión literaria han de servirnos también para que rompamos de una vez nuestra admiración desmedida por todo lo europeo. Sin comentar el servilismo que profesamos a la literatura francesa nos bastará dar una mirada a nuestras relaciones con España para ver que seguimos en el mismo estado colonial de 1800. Casas editoriales, revistas, dramas, centros literarios, todo nos viene de Madrid. Se publican libros en la Argentina y en Chile y nadie se da cuenta de ello. En cambio el libro publicado en España inunda en unos pocos días todas nuestras librerías. El prestigio de nuestros escritores comienza después que hemos firmado dos o tres artículos en París, Madrid o New York. Y es este provincialismo lo que nos impide ser factor importante en el concierto de las literaturas extranjeras. Preguntad quiénes son los poetas de la lengua y os dirán por aquí: Villaespesa, Machado, Jiménez, Marquina; y si nosotros insinuamos los nombres de Celaya, Félix de Amador, Max Jara, Enrique Bustamante, Pezoa Véliz, Leopoldo Lugones, Herrera y Reissig y cien otros, haremos algo risible. ¡Y yo me pregunto cómo pueblos que se pasan en rivalidad constante (Chile-Perú; Ecuador-Perú; Costa Rica-Panamá, etc.) pueden aspirar a tener una literatura común y a contribuir de esta manera a la formación de nuestra conciencia continental!

Afirmo que revistas como el REPERTORIO AMERICANO y *Nuestra América*, al tratar de establecer una fraternidad artística en el terruño virgen están laborando efectivamente por la salvación de nuestra tierra, amenazada económica y políticamente por los yanquis, a pesar de la opinión contraria de quienes se hayan congregado en el Parque Central de New York para la inauguración de la estatua de Bolívar, nuestro libertador, cedida a la ciudad por J. V. Gómez, el último tirano de la América.

Williamstown, Mass., U. S. of A.,
Abril de 1921.

EL POETA

POR ISAÍAS GAMBOA

HACE un año, en el tiempo de la primavera, publicó Manuel Magallanes Moure su primer libro de poesías, *Facetas*, que fué un manojito de flores.

Estas flores esparcieron su fragancia hasta muy lejos, llegando a deleitar a poetas como Mistral, el cantor de *Mireya*, allá en el bello país de Provenza.

Este año también nos trae Magallanes Moure su regalo primaveral: otra pequeña colección poética, muy pequeña, que se concluye pronto, como todo lo bueno.

¿Donde forma el delicado artista estos hermosos ramilletes de versos? El es pintor y se va con su paleta y sus pinceles al campo, en presencia de la Naturaleza, y allí, ante un asunto propicio, le es indiferente trazar un cuadro en el lienzo o hacerlo en estrofas. Si lo primero, sus pinturas le resultan poéticas; si lo segundo, sus poesías le resultan pictóricas. Y como entiende de música, posee el secreto íntimo de la armonía.

Es un artista dichoso, porque puede aunar en sus obras las tres facultades divinas.

La poesía de Magallanes Moure es insinuante y seductora; uno la gusta y la ve. Es para ser leída mentalmente, como se contempla en silencio un paisaje. Produce un acallado deleite, no el entusiasmo vibrante y arrebatador. Magallanes Moure huye del efecto lírico y externo y hace que todo el encanto se desprenda del asunto mismo, que él sabe mostrar desde su punto de vista de poeta y de pintor.

Como tal, no se detiene en la superficie de las cosas, sino que penetra hondamente y hace visible el alma del objeto. Las cosas tienen alma—*anima rerum*—que los artistas ven. Por eso, la yunta de bueyes de tardo paso y triste mirar; el final de un otoño, cuando quedan como muertos los árboles; la gota de lluvia que en una noche de invierno horada la techumbre ruinoso y se oye incesantemente,

como un llanto cayendo sobre una pena;

éstos y otros asuntos le sugieren poemas melancólicos, impregnados de la tristeza de la vida.

Pero en otras partes todo es luz, color, perfumes, como en los grandes días de la Naturaleza. El la ama y la comprende; ella — escuela única — le enseña los secretos del arte.

¿Y, este libro donde todo está to-



MANUEL MAGALLANES MOURE,
como lo conoció Isaías Gamboa en 1903.

mado del natural, es un libro en que no aparece el amor? ¿Cómo sería posible? Fuera una obra incompleta. Hay una deliciosa «sobremesa alegre», entre la abuela y la feliz pareja de novios: aquélla, riendo, riendo, cuéntales una historia de amor, de cuando ella era como ellos. Y los novios se miran y sonríen de un modo lleno de promesas.

Esas promesas acaban de cumplirse...

A los pies de la pareja feliz, deshojo yo las flores de mi cariño.

Santiago, 1903.

(Prólogo de *Matices*, Santiago, MCMIV).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

SOTILLO Un nombre
de garantía

::: al pie de su trabajo fotográfico :::

The Teacher's Prayer

Mr. Lawrence A. Wilkins, el Director de Lenguas Modernas en las High Schools de Nueva York, ha traducido al inglés la ya famosa Oración de la Maestra de Gabriela Mistral, como lo verán en seguida nuestros lectores. Tomamos la traducción del Bulletin of High Points de Nueva York, número de mayo de 1921.

LORD, Thou who didst teach, forgive me that I teach and bear the name of teacher.

Give to me love only for my school, a love from which not even my burning devotion to the beautiful can steal my tenderness in each moment of the day.

Lord, make my fervor enduring and my loss of enthusiasm a thing of the moment. Take from me this impure desire to do justice to the task I have in hand, a desire for justice which still disturbs me. Take from me the unworthy show of protest which still arises in my heart when they wound me. Let not misunderstanding pain me, nor the forgetfulness of my pupils sadden me.

Grant that I may be more motherly than a mother, so that I may love and defend like a mother that which is flesh of my flesh. Grant me success in making of one of my girls my perfected verse and in leaving implanted in her my most powerful melody, against that day when my lips shall cease to sing.

Show me Thy Gospel as possible in my time, so that I may not give up the battle of each day, the battle of each hour.

Put in my school of democracy something of that which hovered over Thee and over those bare-footed children that afternoon in Palestine.

Make me strong even in my woman's insufficiency and in my poverty. Make me scornful of all power that is not pure, of every influence which comes not from an ardent will exerted in the shaping of my life.

Los clásicos que le hacen falta:

J. Cadalso: <i>Cartas marruecas</i> , 1 volumen pasta.....	2.00
<i>Poema de Mio Cid</i> , 1 volumen pasta...	2.00
Juan de Valdés: <i>Diálogo de la lengua</i> , 1 volumen pasta.....	2.00
<i>Curial y Güelfa</i> , 2 vols. rústica.....	3.00
Arcipreste de Hita: <i>Libro de Buen Amor</i> , 1 vol. pasta.....	2.00
F. de Rojas: <i>Calisto y Melibea</i> (La Celestina) 1 volumen pasta.....	2.00
Montesquieu: <i>Cartas persas</i> , 1 volumen pasta.....	2.00
Baltasar Castiglioni: <i>El Cortesano</i> , 1 volumen pasta.....	2.00
Garcilaso y Boscán: <i>Poesías</i> , 1 volumen pasta.....	2.00

En la Administración del REPERTORIO

"VALORES LITERARIOS DE COSTA RICA"

Señor Rogelio Sotela.

San José, Costa Rica.

FELIZ coyuntura, de la que nunca dejaré de felicitarle, me ha brindado la ocasión de conocer a Ud. y cambiar amables cartas sobre asuntos relacionados con la enseñanza y la literatura que ambos profesamos, parece, con igual fervor y cariñoso empeño. Junto con su última carta, demasiado benévola y comedida en lo de juzgar con exagerado elogio mi *Curso Literario de Castellano* que dice usted tenerlo como guía y consulta en el *Liceo* de que es usted maestro, recibí los números de la simpática revista *Athenea*, que usted alienta con su juvenil y optimista ingenio y dirige, según veo, con aplauso de sus compatriotas. Llegó también a mis manos su risueño y elegante libro impreso en 1920, que lleva el gráfico y expresivo título *Valores Literarios de Costa Rica*, cuya simpática y culta presentación me da idea del adelanto tipográfico y, por tanto, de la prosperidad intelectual de su patria. No sabe usted cuán grato le estoy por tan hermoso como útil presente que me ha servido para hacer conocimiento, aunque sólo somero, o, como quien dice, de primer saludo, con los numerosos y muy interesantes y hábiles ingenios que en Costa Rica han militado y militan bajo los pendones azules del Arte literario, y que en el Perú son casi, o sin casi, desconocidos, por falta de esa comunión espiritual que vincula inteligencias y abre los corazones a las brisas del mutuo afecto, entre gran parte de las Repúblicas Americanas, y muy especialmente con las centroamericanas y el Perú, como habrá podido usted notar en mi *Literatura*, donde apenas son dos páginas las dedicadas a las repúblicas de la América Central. Así comprenderá usted cómo me huelgo de que en San José se conozca y lea *El Mercurio Peruano*, culta y sensata revista limeña, que recuerda aquella otra del mismo nombre fundada a fines del siglo XVIII y en la que se forjaron

y difundieron por Hipólito Unanue, Carrillo Baquijano, Rodríguez Mendoza y otros, las ideas de renovación intelectual, de independencia política y de cálido y bien orientado nacionalismo, tendencia esta última que sirve también de norte y guía a la brillantísima generación de intelectuales peruanos que con Víctor Andrés Belaúnde, José de la Riva Agüero y Alberto J. Ureta a la cabeza, trabajan, con fe y sincero entusiasmo, por orientar las fuerzas dispersas de la nacionalidad, reunir en un foco radioso y fuerte todo el pensamiento de la juventud pensadora y estudiosa de la Patria, cuyos exactos valores tratan de cristalizar en un haz de realidades que vigoricen la conciencia nacional, constituyendo justamente por su valor personal y por su obra silenciosa, pero fecunda, una segunda generación de *El Mercurio Peruano*. Aprovecho la oportunidad para decirle que el juicio indulgente y afectuoso que usted leyó en aquella excelente revista sobre mi *Curso Literario* es debido al señor Jorge Guillermo Leguía, uno de los jóvenes intelectuales limeños que, con más legítimo derecho y al precio de talento, sensatez y estudio, vienen alcanzando indiscutible reputación.

POR sus cartas, por sus versos y artículos publicados en *Athenea* y por sus amenísimos, ágiles y diáfanos juicios de su último libro *Valores Literarios de Costa Rica*, me le supongo a usted joven, grávido de gallardías mentales, de idealidades y romanticismos que se desbordan en mieles y espumas burbujeantes, al toque mórvido y tentador de altos pensamientos y de inquietas y dulces emociones; la primavera de su mocedad debe de estar abriendo fragantes y matizadas, sus tempranas flores, al tibio sol de sus veinticinco años risueños y bien aprovechados. Su hermosísimo y quintanescó *Himno a España*, que lo he leído en *La Esfera* de Madrid del mes

de octubre último, si no me traiciona la memoria, (pues no tengo a la vista el número), tiene estrofas de un brío de pensamiento y de una firmeza y rotundidad en el período, que parecen las de un castizo vate castellano templado por la gracia vigorosa de los ritmos de Gutiérrez Nájera o un Leopoldo Díaz. Su lectura, que ganas dan de hacerla a gritos para gozar de su pompa y lozanía, me ha recordado el famosísimo y premiado *Canto a España* de nuestro laureado y aplaudidísimo poeta, mi grande amigo, José Gálvez, ganador en unos memorables juegos florales, con ese verdadero *Canto Epico* y con otra dulce ofrenda lírica *Mi reino interior*, que descubre todo el tesoro emocional y la blanca melancolía villaespesiana del poeta, que después de Chocano, es de los mejores que tiene el Perú, aunque una grave dolencia, que casi nos le arrebató, y de la cual está felizmente curado, ha puesto silencio—que será precario—al rumor cristalino de esa musa que otrora fué copiosa y amada del público. Supongo que Ud. conoce a José Gálvez. Hace menos de un año que regresó de España donde fué muy festejado y aplaudido por su labor literaria, tan llena de un sincero y reparador españolismo, como el de Chocano, como el suyo y el de tantos escritores y poetas que van volviendo el corazón de los hispanoamericanos al amor de la vieja y romancesca madre España,

«Que nos dió la heredad de su leyenda
y nos legó la sangre de su raza»

como usted lo dice en su gallardísimo canto.

EN la simpática Antología, que no otra cosa son y deben llamarse sus *Valores Literarios de Costa Rica*, ilustrada por usted con someros, pero elegantes y discretísimos juicios, que demuestran sus bellas cualidades de crítico comprensivo y sagaz, sin envidias ni rencores, más propenso a halagar con rociadas de benévolo aplauso que a empuñar el varápalo tundidor de los zoilos biliosos, en su Antología, digo, presenta usted, con la cortesía

LA LIBRERIA ESPAÑOLA DE MARIA v. DE LINES

APARTADO DE CORREOS Nº 314

San José y Cartago

TELÉFONO 38-TELÉGRAFO «LINES»

El mejor surtido de cajas de papel y sobres que haya llegado a Costa Rica se ofrece a nuestra numerosa clientela.

Máquinas de escribir FOX VISIBLE y CORONA. - Papeles y útiles para máquinas.

y modosidad de un cumplido caballero de las letras, a cuarenta literatos y poetas de su tierra, de los cuales, a decir verdad, no conocemos por aquí a ninguno, excepción hecha de Lisímaco Chavarría, Brenes Mesén y Zeledón, de quienes una que otra vez leemos composiciones sueltas que las revistas y periódicos publican. Fuera de los cuarenta presentados por usted, con algún manojo de sus flores líricas, enumera usted en el prólogo del libro a más de sesenta poetas, escritores y maestros, que deben ser hombres de prez e ingenios de gran significación en la galería literaria de Costa Rica.

* *

PUEDO decir a usted, y con todo el entusiasmo de quien gusta de esa clase de estudios y se ha formado en esas fecundas e inexhaustas fuentes, que la literatura costarricense tiene la alta significación estética que yo le encuentro y la firmeza de contornos que la hacen tan amable, por la disciplina clásica que informa a sus ingenios y por el lastre de una seria y honda cultura que sirve de sostén al edificio de su bien estructurada arte, que es recia, musculosa y gallardamente gentil. La prosa de sus escritores es generalmente castiza y natural, amplia y caudalosa, con solemnidad grave y apuesta en sus períodos, como lo ha sido siempre y debe ser la robusta prosa castellana, tan agena a las piruetas funambulescas, a las contorsiones bufas y los colorines de similar, a que la exponen, con afrenta y escarnio de la tradición clásica los saltimbanquis literarios y los simios grotescos que a fuerza de imitaciones y plagios, son verdaderos iconoclastas de nuestra incomparable lengua. Qué elegante, qué grave y amena, con la gravedad de una noche lunar y la amenidad de un chorro de agua cristalina, es la prosa del docto Brenes Mesén, cuyos estudios filológicos y gramaticales quisiera conocer. «¿Oiste alguna vez los cantos en escala de la fuente que va llenando el cántaro de barro? Así es la voz del corazón, dulce y ascendente, cuando las límpidas aguas de un sentimiento puro le van colmando». Así escribe Brenes Mesén. Cuánta flexibilidad, a la par que acerado brillo en la frase de Omar Dengo, cuya prosa parece hecha para trazar parábolas bíblicas o divagaciones ensayistas a lo Montaigne; cómo halagan el oído y escarban las honduras del alma, pensamientos tan bellamente apacibles y cláusulas tan cadenciosas como éstas:

«Vengo a decir junto a su sueño mi oración. He sentido profunda la paz de su sueño. Había un aleteo de místicos silencios sobre su frente. Había una quietud infinita bajo sus párp-

dos...» Como usted lo dice, Mario Sancho es una abeja que gusta de libar en las flores del Himeto y sumergirse con voluptuosidad dilecta en las castálicas fuentes; su helenismo no es epidérmico ni postizo, sino sinceramente sentido y asimilado con la pasión de un espíritu renacentista. Carmen Lira me parece, y así la presenta usted, un espíritu lírico, pleno de individualidad, y una novelista de cuerpo entero. Su bellissimo cuento *Desempolvando ilusiones* tiene el encanto de un doloroso tormento resignadamente padecido, una página arrancada de Daudet. Cuánto romanticismo, de ése que todos guardamos en los repliegues del alma y duerme entre el rescaldo de muchas esperanzas marchitas, en la carta de Lucía a su amado Andrés, que viejo y anciano lee tan poéticos renglones, memorias de una mujer que nunca quiso casarse esperando al amante cuya ausencia lloró en su juventud ya lejana.

* *

Y los poetas. ¡Cuán inspirados y cuán elegantes los tienen ustedes. ¡Todos ellos armoniosos, de gran visión estética y encendidos en el divino fuego de la inquietud ideal y del anhelo insaciable de espiritualidad. En los versos de Albertazzi Avendaño esplenden las luces melancólicas de un dulce misticismo. En las estancias *Del Convento* se leen estos alejandrinos, dechados de belleza:

Oigo como un murmullo quejumbroso y
[doliente
que agoniza en las sombras de un crepúsculo
[gris,
y es cual una plegaria en esta hora silente
que derrama sus ecos en la paz del ambiente
donde tiembla el recuerdo de Francisco de
[Asís.

En su hermosa composición *Retorna*, que es una plegaria al ideal caballeresco ausente o desaparecido, tiene Albertazzi versos como éstos, que recuerdan la *Letanía* de Rubén:

Regresa a la vida genial caballero,
si no viene Sancho seré tu escudero...
y si Rocinante te desconociera
nos iremos juntos por la carretera,
ya no a la cruzada de infeliz andanza,
pero sí a la siembra de alguna esperanza,
que enseñe a los hombres,
sin mentidos nombres
un santo evangelio de fraternidad.

Orgullosa debe vivir un país teniendo poetas y cantores tan delicados, tan hondamente emotivos, como Julián Marchena, cuyo *Vuelo Supremo*, los transcribo, íntegro como un perfecto y acabado soneto:

Quiero vivir la vida aventurera
de los errantes pájaros marinos,
no tener, para ir a otra ribera,
la prosaica visión de los caminos.
Poder volar cuando la tarde muera
en indecisos lampos mortecinos,
y oponer a los raudos torbellinos,
el ala fuerte y la mirada fiera.
Huir de todo lo que sea humano;
embriagarme de azul... ser soberano
de dos inmensidades: mar y cielo,
y cuando sienta el corazón cansado
morir sobre un peñón abandonado
con las alas abiertas para el vuelo.

Lo mismo tendría que decir de su colomboño de usted, Fernández Güell, malogrado poeta, espíritu ciraneco y luchador indómito, con alma de caudillo, por quien usted sufrió carcelería que le honra, porque fué en lucha por la memoria de un ilustre vate, a quien las pasiones políticas persiguieron hasta después de muerto.

* *

POR la clasificación cronológica que hace usted de los escritores costarricenses

Quien
habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una em-
presa en su género,
singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLAN-
TA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener
y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola,
Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta,
Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.
Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE
y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE



COSTA RICA

censes, a partir de 1860, veo que la generación más brillante es la de 1885, inmediatamente anterior a la de 1890, que hoy se halla en iniciación radiosa y magnífica. Es precisamente lo mismo que acontece en el Perú y en casi todos los países americanos de casta latina. En mi patria, la generación nacida a raíz del terrible desastre de nuestra guerra con Chile, es la más brillante que el Perú puede ofrecer en calidad y cantidad desde la era romántica que dió también gloriosa falange de poetas, entre los que se contó don Ricardo Palma y que se inició al mediar el siglo XIX. A la generación de 1885, posterior en poco a nuestro enorme Chocano, pertenecen Francisco García Calderón, heredero del apostolado intelectual de José Enrique Rodó; Ventura García Calderón, exquisito cronista, de los más afamados en lengua castellana y con popularidad igual a la de Gómez Carrillo; José de la Riva Agüero, historiador doctísimo, crítico de aticismo relevante, prosador rotundo, sabio maestro y eruditísimo hombre de estudio. Víctor Andrés Belaúnde, orador vigoroso y arrebatado crítico, diplomático y conferencista, director de *El Mercurio Peruano*; José Gálvez, poeta de quien ya le he hablado; Felipe Sassone, que triunfa en España; Oscar Miró Quesada, periodista, sociólogo y escritor elegantísimo, cuya obra de extensión universitaria es eficaz y digna del reconocimiento general; Luis Varela Orbegoso, Enrique Carrillo, Juan Bautista de Lavalle, Alberto J. Ureta, poeta lírico de numen exquisito y de rimas sutiles y blandamente acariciadoras, y diez más que son nuestro mejor ornamento intelectual. Y esto que ocurre en Lima, acontece también en las provincias.

Parece que a la muerte del último paladín del romanticismo francés, Víctor Hugo, la renovación de los estudios clásicos, produjo en todas partes este copioso y lozano florecimiento espiritual, cuyos más sazonados frutos comenzaron su obra desde 1890, con más o menos prelación.

Lo que usted dice de *Los Jóvenes* o los nuevos, puede aplicarse exactamente a mi pueblo, con la única salvedad de que si la última generación de su patria de usted, es reverente y respetuosa para sus predecesores o para quienes les adelantaron en la ruta de la vida, por aquí hay cierto grupo de irrespetuosos y atrevidos que osan despreciar la labor de sus mayores, roídos en el alma por la ponzoña de la soberbia y el orgullo satánico, siendo lo que puede decirse un grupo de megalómanos y renegados que a fuerza de gritas, escándalos y macabros erotratismos, tratan de tomar por asalto los alcázares del Parnaso, como dig-

nos personajes de *La devota de los Pedantes*.

Esos son pocos, en verdad, pero la cizaña puede crecer y perder al buen fruto con mengua de los fueros espirituales de un pueblo.

«Los que nacieron hacia el 85—dice usted, — llenaron de belleza el ambiente y formaron el mejor grupo que ha visto el país, por la corriente ideológica que impulsaron, por su labor tenaz, por su cultura sólida; a su influjo, o con su estímulo surgió la nueva era, que hoy se distingue en su mayoría por ese nuevo miraje de virtud contemplativa y de preparación».

Ha querido usted hacer un libro

armonioso que despierte en la juventud de Costa Rica el amor por las cosas nacionales, para progreso y felicidad de su patria, y creo que lo ha conseguido usted; su libro es ameno, resplandeciente de optimismo y de idealidad, sugestivo e interesante.

Deseo conocer, — y espero que me complacerá — su tomo de versos *La Senda de Damasco*, sus obras teatrales *Cuadros Vivos* y sus *Rimas Serenas*, cuya aparición se anuncia.

Créame su amigo devoto y admirador.

JOSÉ GABRIEL COSIO.

(*El Comercio*, Cuzco, Perú, febrero 1921).

El Dr. Henríquez Ureña en la Universidad de Minnesota

Las islas del Mar Caribe y la Doctrina Monroe.—
Puntos de la conferencia dada en inglés ante el
Club de Relaciones Internacionales.

POR PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

EL Mar Caribe es el punto principal de ampliación de la Doctrina Monroe. La Doctrina se aplica realmente hasta la línea ecuatorial, tal como se concibe hoy dicha Doctrina: al Sur del Ecuador apenas tiene aplicación.

Las playas del Caribe; parte de México, a las seis repúblicas de la América Central, Colombia, Venezuela, colonias inglesas, francesas, holandesas, norteamericanas (y hasta hace poco danesas) y tres países insulares independientes: Cuba, Haití, Santo Domingo.

Las colonias insulares de Inglaterra. Paraísos tropicales. Vida fácil. Clases superiores; clases inferiores que trabajan para aquéllas (sistema muy inglés). Los negros bien tratados; según los ingleses (cuando censuran a los Estados Unidos), se les trata mejor que aquí; se les considera como iguales si se educan. ¿Defecto? Falta de espíritu. Las colonias no tienen espíritu. Hace años, en esta misma Universidad, el poeta irlandés Padraic Colum explicaba que Irlanda no quería ser colonia inglesa porque una colonia no es nada. Y agregaba: ¿Qué es el Canadá? Yo agregaré: ¿Qué es Australia? Australia ha creado dos mecanismos famosos, uno político, el «Australian Ballot System», y uno económico, el «Torrens System». Pero eso es poco para quienes, como yo, piensen que los mecanismos no son las más altas creaciones humanas: para Matthew Arnold, buen gobierno no era sino buen mecanismo.

¿Abandonará Inglaterra esas colonias? Probablemente no, mientras no se decida a desmembrar el Imperio Británico.

Francia tampoco abandonará sus colonias por ahora. Ni probablemente Holanda, que, aunque país pequeño, tiene un gran imperio colonial.

Los países independientes y la Doctrina Monroe. Lectura del texto de la Doctrina Monroe. Ha servido como cortina entre la América latina y Europa. Europa no se ha quejado: no se ha quejado Inglaterra, porque es en parte autora de la Doctrina. El único país que se dice, se ha quejado (no oficialmente) es Alemania: Bismarck la llamaba una «impertinencia» (o una colosal «impertinencia»?) Por lo demás, la América latina ha sabido defenderse: así en el caso de México y el Imperio de Maximiliano. Las quejas contra la Doctrina son de la América. ¿Por qué? Porque la Doctrina no es fija. Varía con cada Presidente. Wilson tuvo dos Doctrinas Monroe: primera, 1913, ayudar el desarrollo del buen gobierno y el predominio de las ideas democráticas en toda América; segunda, 1915, dejar a la América latina resolver sola sus problemas. Aplicación vacilante y contradictoria: resultado, según Taft: «ni esperamos ni vigilamos; intervinimos atropelladamente y no es de extrañar que ahora se nos atribuya la culpa de la anarquía que reina en México». Sin embargo, tal es el poder de la palabra, cuando representa ideas elevadas y las expresa bien, que conozco mexicanos que mantuvieron su fe en Wilson a pesar de todas sus contradicciones.

Las aplicaciones: Cuba, 1898: entrada en la guerra y ocupación de Cuba. Mala impresión en Europa: aun hoy se cree allí que los Estados Unidos se han apoderado de Cuba.

El primer gobierno americano fué eficaz y honrado. Luego, gobierno cubano. Luego revolución (1906) y nuevo gobierno americano: fracaso y corrupción. Desde entonces, constante intervención en asuntos cubanos, pero siempre a medias, y contribuyendo a empeorar las cosas con la incertidumbre de la espada de Damocles.

Haití. Invasión económica. Revolución y ocupación en 1915. Presidente gobernado por los americanos. Los haitianos son negros en su inmensa mayoría, y se dice que los empleados, soldados y marinos norteamericanos de la ocupación proceden de los Estados del Sur, donde el negro está mal considerado, y que se han entretenido en matar haitianos. La noticia circuló en la prensa americana; pero luego, como, según esa misma prensa, el norteamericano siempre tiene razón, se dijo que eran los haitianos quienes habían matado a los norteamericanos y hasta se los habían comido. Esto me hace recordar el chiste según el cual en Alemania se decía que no eran los alemanes quienes habían cometido atrocidades con los niños y mujeres belgas, sino los niños y las mujeres alemanes. Tales atrocidades, más que culpa de los norteamericanos, ¿es culpa? del sistema: el sistema de ocupación militar de un país extranjero.

Santo Domingo. La deuda pública. La Convención de 1907, para unificar y garantizar la deuda, con artículo sobre la necesidad de no aumentarla. La deuda, con artículo sobre la fuerza mayor, pero no hubo empréstito extranjero, sino pequeños préstamos nacionales y deudas inevitables (por ejemplo, por falta de pago a los empleados). Exigencias de 1915 y 1916, para que los Estados Unidos adquirieran el dominio de todos los elementos militares y económicos del país. Negativas de dos gobiernos. Los Estados Unidos tratan de compeler por hambre no entregando al gobierno dominicano su dinero, recaudado en las Aduanas por norteamericanos. El Gobierno dominicano continuó sin dinero. Entonces ocupación, en noviembre de 1916. No se ha encontrado ningún dominicano que sirva de instrumento a Washington como presidente de ficción. No se ha peleado contra la ocupación, porque el país se convenció de que cualquier intento de guerra podría servir de pretexto para conquista. Sólo unos cuantos se han ido al campo; son los *bandidos* de que habla la prensa norteamericana, bandidos que no roban y que sólo pelean cuando pueden. La ocupación de Santo Domingo es un fracaso, — con quizás la única excepción de la instrucción pública, para la cual ha habido más dinero disponible por disminución de otros gastos, faltando el gobierno nacional.

¿Por qué del fracaso? Principalmente por los métodos militares. Los dominicanos dan dinero para trabajar con él por su independencia, enviando delegados fuera.

Crítica. No se debe tratar a las naciones débiles por medio de la fuerza. «Las naciones deben ser tratadas como los individuos» (Wilson). No debe haber apremio de fuerza por deudas (Drago, Calvo), como no lo hay para el individuo. El militarismo no produce sino males.

Ninguna nación tiene derecho a pretender civilizar a otra. ¿Estamos seguros de que hay grados de civilización? ¿O son tipos, clases de civiliza-

americana debe ser un fracaso: véase el caso de Puerto Rico. Económicamente la isla está decayendo — en cuanto atañe a la posibilidad de mantener a todos sus habitantes, aunque una minoría se haya hecho más rica que antes, — y los puertorriqueños emigran aun al pobre Santo Domingo. El partido de la independencia en Puerto Rico. Y luego, una colonia es, como dije antes, una cosa sin alma propia: sus modelos los recibe de la metrópoli. Los que no hayan vivido en un pequeño país independiente, no conocen el sentimiento que existe en ellos de estar elaborando su propia vida, creando su propio tipo y modo de ser, creando constantemente. Cada nación pequeña tiene alma propia, y lo siente.

¿Y ser Estado de la Unión? Tampoco. Aun suponiendo que fuera posible, somos demasiado diferentes. Habría que abandonar el idioma, y no queremos. ¿Por qué? Por la misma razón que el muchacho que quiere ser pintor no oye los consejos de su padre que quiere hacerlo ingeniero o abogado.

El ideal de la civilización no es la unificación completa de todos los hombres y todos los países, sino la conservación de todas las diferencias dentro de una armonía.

Solución para las relaciones internacionales del Caribe y los Estados Unidos: primera, tener una política bien definida y clara en Washington; segunda, cooperar con el A. B. C. para la ampliación de principios difíciles. Sólo así se logra suprimir las desconfianzas.

Abril 6 de 1921.

(La Gaceta. Nueva York).

Santo es soñar

PARA EL REPERTORIO AMERICANO

Bueno es soñar,
darle a la vida cauce de ideal!
Ir por la senda tras la quimera
con que sonríe la primavera.
Velas al mar,
recta la proa hacia la tierra
del Vellochino de la leyenda!

Hay que luchar,
y junto a Troya plantar la tienda;
y por diez años hacer la guerra,
¡que bien los valen la dulce Elena!
Bueno es soñar;
pero la vida es realidad
y se deshace toda quimera
con que soñamos, al poseerla!...

¡Santo es soñar,
con la ventura real y eterna,
y hacer la vida toda, por ella,
de amor ofrenda!

Soñar, cantar,
luchar en esta vida terrena,
sin apegarnos a nada de ella!
¡Santo es soñar
con la Ventura Real y Eterna.

CARLOS LUIS SÁENZ

San José, junio de 1921.

ÍNDICE

REVISTA MENSUAL

MADRID

COLABORADORES:

AZORÍN
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ
EUGENIO D'ORS
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
ADOLFO SALAZAR
PEDRO SALINAS
JOSÉ MORENO VILLA
JULIO TORRI
ENRIQUE DÍEZ-CANEDO
MARATO (Impresor)
ALFONSO REYES

Solicite la suscripción a la Administración del REPERTORIO AMERICANO. El semestre: \$ 5-00, abono adelantado.

ción? Hay quienes dicen que es una fortuna que no se haya pretendido civilizar al indio de los Estados Unidos: así ha conservado su civilización propia, por ejemplo, su arte, que según un notable crítico es el mejor arte que se produce en el país, mejor que Whitter, Homer, y todos los pintores famosos (el crítico es Pach). ¿Pero están civilizados todos los Estados Unidos? Si se pretende civilizar a Haití ¿por qué no civilizar el Estado de Georgia? ¿Y quién decide cuál país es civilizado y cuál no, cuál más y cuál menos? Sólo la fuerza lo decide, hasta ahora; y si la fuerza hubiera de decidirlo, no tendríamos por qué quejarnos de Alemania: su teoría era esa; como la nación más civilizada, debía civilizar el resto del mundo. No hay, pues, derecho para querer civilizar a otras naciones.

Pero suponiendo que hubiera civilizaciones superiores, y que ésta fuera una de ellas, ¿por qué no nos conveniría (a Santo Domingo, a Cuba, a Haití) ser colonias norteamericanas? Primero, porque una colonia norte-

Festín de la Tarde

A RAMON GOY DE SILVA
(En España)

El cielo es una fiesta de luz. En occidente
la tarde danza en medio de antorchas encendidas...
y canta y ríe alegre llena de opalescente
visión azul de encajes y copas invertidas...

El cuadro es del pincel de algún pintor hiriente
que sangrase a lo alto mil ganas diluídas...
y en los lienzos del cielo fuese tranquilamente
dando un festín erótico de pasiones prohibidas...

¡Oh, el oriflama vivo de las púrpuras regias
con que el rey Día cubre sus deleites egregias
en el último goce de las deslumbradoras

bacánales celestes de iris y de espumas!
y que, cuando agoniza triunfal entre las brumas,
seguido es de un cortejo de veinticuatro horas...

R. ÁLVAREZ BERROCAL

Costa Rica, 1921.

GUIA PROFESIONAL

ABOGADOS

MARCO TULIO VIQUEZ A.
PASANTE DE ABOGADO

Oficina contiguo al Teatro Nacional
APARTADO 808

Juan Bautista Montalto
Rafael Herrera J., José Cordero Zamora
ABOGADOS Y NOTARIOS
Oficinas: Frente al Registro Público.

JOSE ALBERTAZZI AVENDAÑO
Abogado
Depacha en las Arcadas, lado Oeste.

CARLOS Ma. JIMENEZ
Abogado y Notario

ADAN ACOSTA VALVERDE
OFICINA DE ABOGADO Y NOTARIO
En las Arcadas frente al Teatro Nacional

DENTISTAS

Dr. M. FISCHER
Dentista americano
Teléfono 683 Apartado 434
Venta de materiales para dentistas.
Frente al Correo.—San José.

JOSE J. JIMENEZ NUÑEZ
Dentista

Doctor ROBERTO JIMENEZ ORTIZ
Dentista americano
100 v. al N. del Royal Bank of Canada.
Teléfono 530

MATEO FOURNIER Q.
Dentista

Oficina contiguo al Hotel Washing-
ton, costado Sur de la Catedral.

Dr. V. M. RUIZ
Dentista
Lado del Banco Internacional de C. R.

MEDICOS

Doctor Constantino Herdocia
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y
garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m.
y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Los primeros tomos de la BIBLIO-
TECA LATINO AMERICANA que dirige
en París don Hugo de Barbagelata, ya
se han publicado. Son:

Rubén Darío: *Epistolario*..... \$ 1-25
Varios autores: *Rodó y sus crí-
ticos*..... 3-00
F. García Calderón: *El Wilso-
nismo* 1-25
Gertrudis Gómez de Avellaneda:
Sab (novela) 3-00

En la Administración del REPERTORIO

El esfuerzo y la actividad, triunfan en la vida.

Pasa de QUINCE MIL YARDAS, los DRILES, COTINES, CÉFIROS Y MEZCLILLA que fabrica mensualmente la

Compañía Industrial, EL LABERINTO

trar esos famosos géneros de algodón y sus renombrados PAÑOS DE MANO, en los siguientes establecimientos:

SAN JOSÉ.—Ismael Vargas, (Mercado).—Jaime Vargas, (Mercado).—Tobías A. Vargas, «La Luz».—Enrique Vargas, (Mercado).—Domingo Vargas, (Mercado).—Sérvulo Zamora, (Mercado).—Antonio Alan & C^o.—Domingo Vargas, (Mercado). José Barzuna Sauma, (Mercado).—José Barzuna Mena, (Mer-
cado).—Breedy & C^o, (Pasaje Jiménez).—Esquivel Hermanos, «La Gitana».—R. Guilarte & C^o, «La Reina».—José Sarkis, «La Gran Señora».—Colegio de Sión.—Colegio de Señoritas.—José Nassar, (Mercado).

La COMPAÑÍA INDUSTRIAL, EL LABERINTO cotiza todos sus productos al cambio del día, y en calidad y precio compite ventajosamente con los extranjeros.

Apartado No. 105

Teléfono No. 254

SAN JOSE DE COSTA RICA

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica.